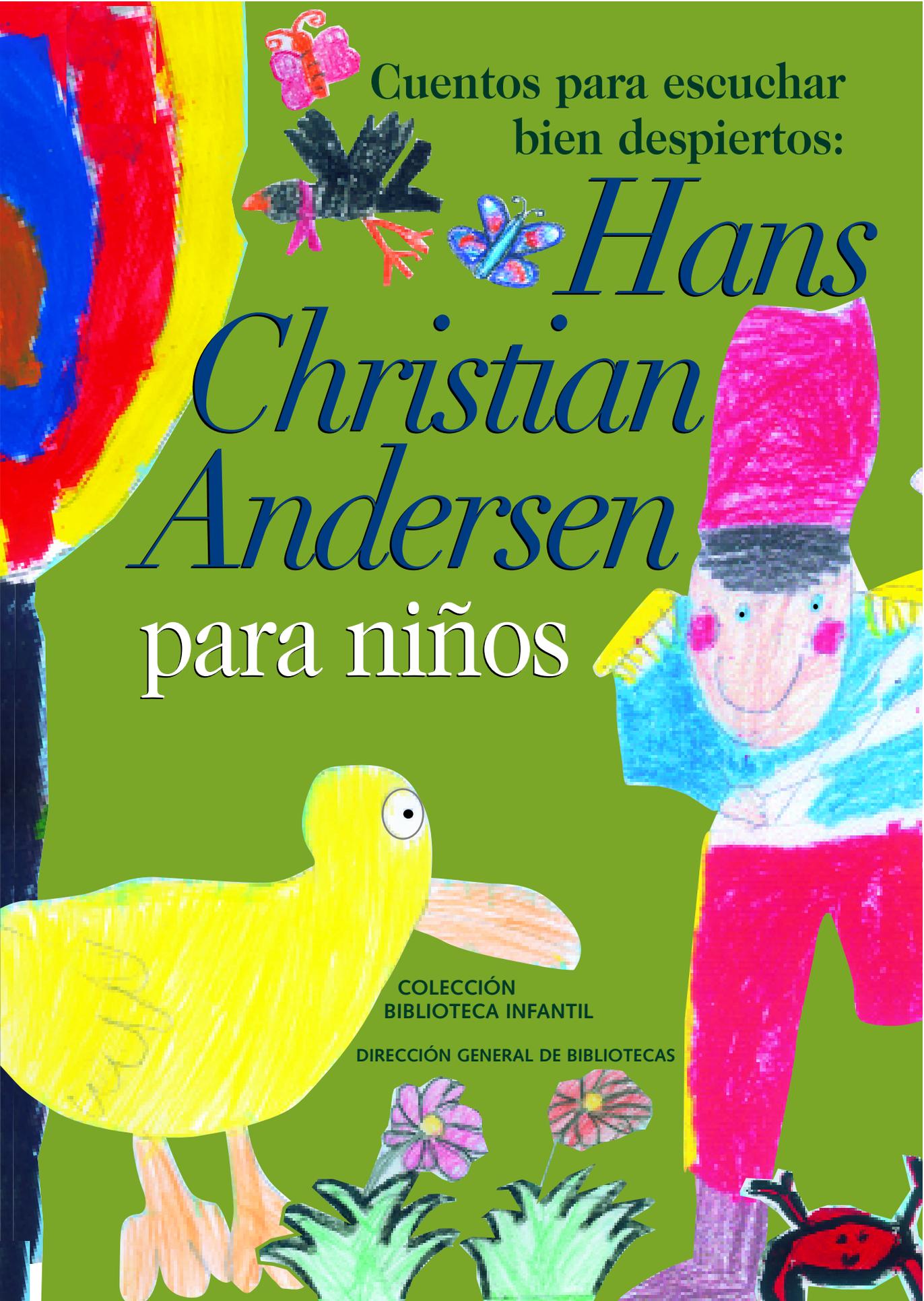


Cuentos para escuchar
bien despiertos:

Hans
Christian
Andersen
para niños

COLECCIÓN
BIBLIOTECA INFANTIL

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







MELISA ZUMAYA HERNÁNDEZ | 12 AÑOS | IZTAPALAPA, D.F.

Cuentos para escuchar
bien despiertos:

*Hans Christian
Andersen*
para niños

DIANA CARINA ANAYA HERNÁNDEZ 110 AÑOSI, ACÁMBARO, GUANAJUATO
PÁJARO: MELISA ZUWAYA HERNÁNDEZ 112 AÑOSI, IZTAPALAPA, D.F.

COLECCIÓN BIBLIOTECA INFANTIL





Cuentos para escuchar
bien despiertos:
*Hans Christian
Andersen*
para niños

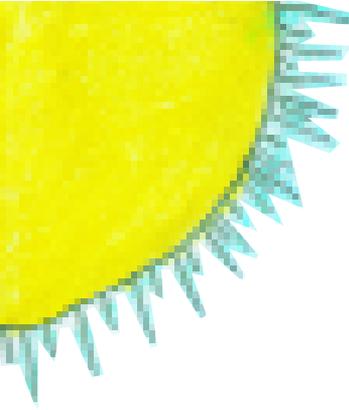


CLAUDIA HERNÁNDEZ VIDALS
112 AÑOS, IZTAPALAPA, D.F.



EMBAJADA REAL
DE DINAMARCA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
DIRECCIÓN GENERAL DE VINCULACIÓN CULTURAL Y CIUDADANIZACIÓN
ALAS Y RAÍCES A LOS NIÑOS



Primera edición 2005

D.R. © Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Dirección General de Bibliotecas

Tolsá núm. 6, Centro, C.P. 04060, México, D.F.

Dirección General de Vinculación Cultural y Ciudadanización

Dirección de Desarrollo Cultural Infantil

Av. Revolución 1877, San Ángel, C.P. 01000, México, D.F.

ISBN: 970-35-0780-8

D.R.© Instituto Sudcaliforniano de Cultura

D.R.© Asociación Mexicana para el Fomento
del Libro Infantil y Juvenil (IBBY México)

D.R.© Embajada de Dinamarca en México

D.R.© Fundación HCA- abc

DIANA DANIELA CISNEROS LÓPEZ (10 AÑOS), MEXICALI, B.C.



Índice



- 9..... *Presentación*
- 11..... *La princesa y el guisante*
- 15..... *Pulgarcita*
- 35..... *La sirena*
- 69..... *El traje nuevo del emperador*
- 79..... *El valiente soldadito
de plomo*
- 89..... *El patito feo*
- 107..... *La cerillerita*
- 110..... *Identificación de imágenes*



MARCO ANTONIO LARA CRUZ (7 AÑOS), AGUASCALIENTES, AGS.



Presentación

Hace doscientos años nació en Odense, Dinamarca, un niño que fue hijo de un zapatero y que, a pesar de vivir en la pobreza, creció con un gran entusiasmo por las historias fantásticas, los personajes imaginarios y el universo del teatro, que su padre le regalaba. Cada vez que jugaba con él, le contaba cuentos y lo animaba a construir y disfrutar su propio teatro de títeres.

Fascinado por los actores, comediantes, bailarines y cantantes, Andersen quiso dedicarse a alguna actividad escénica y probó suerte en la capital de su país, cuando era sólo un adolescente. Más adelante, tuvo la oportunidad de estudiar y de aprender mucho con la lectura de grandes escritores de la literatura alemana e inglesa a quienes admiraba. Esa formación y el gusto que él tenía por los cuentos populares le permitieron llegar a escribir sus propios textos; poemas, novelas, crónicas de sus viajes, pero, lo que mejor logró fue escribir cuentos con un estilo tan original que gustaron a niños, a jóvenes y adultos dentro y fuera de su país, porque muy pronto empezaron a ser traducidos, lo que hizo posible que muchos lectores los conocieran y apreciaran.

Los más de 150 cuentos creados por este escritor han sido, además de traducidos a cientos de idiomas, adaptados a versiones para teatro, ballet, dibujos animados y películas que han llegado a los niños de todo el mundo.

Hoy, con motivo del bicentenario de este autor danés, la Dirección General de Bibliotecas publica una breve selección de lo más destacado de esa famosa producción; los cuentos publicados a lo largo de una década, a partir de que Andersen cumplió treinta años de edad.

Este libro ha sido totalmente ilustrado por niños mexicanos que asisten a las bibliotecas públicas de todo el país, y que participaron en actividades y

talleres a partir de la lectura y la narración de los cuentos de Andersen, para responder a la convocatoria nacional lanzada al inicio del año. Más de 600 dibujos provenientes de 18 entidades de la República mexicana fue el resultado del Concurso de Dibujo Infantil “Las maravillosas historias de Hans”, de los cuales participan en este libro los realizados por cerca de un centenar de niños.

Sirva esta edición infantil como homenaje a un gran escritor que, en su madurez, amaba leer en voz alta sus cuentos, siempre llenos de sorpresas, siempre en amplios registros: desde los de la luz, la generosidad y la alegría hasta los de la desgracia y la tristeza; cuentos para que los niños escuchen y crezcan sin ignorar las posibilidades de esa diversidad de matices. ■■■





La princesa y el guisante



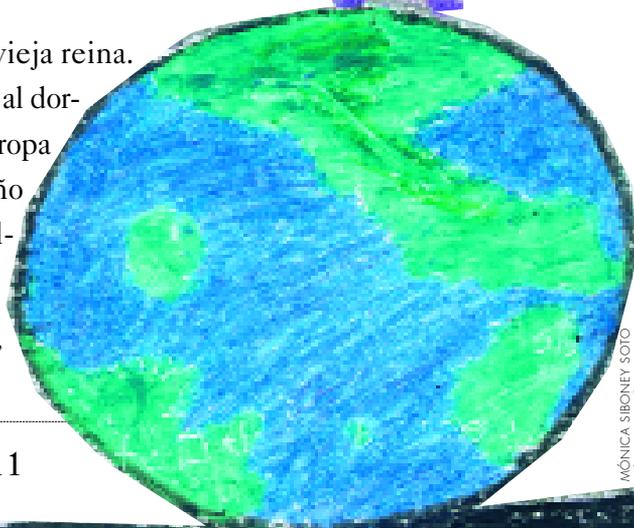
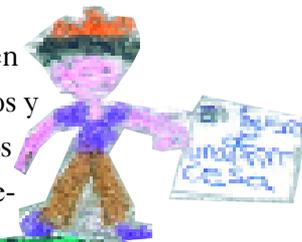
LIZBETH SUNEVA ROMERO SEGOVIA (11 AÑOS), VERACRUZ, VER.

Erase una vez un príncipe que deseaba casarse con una verdadera princesa. Viajó por todo el mundo en busca de una, pero todas las que encontraba tenían un defecto u otro. Las princesas no andaban escasas, pero se hacía difícil ciertamente descubrir si eran princesas verdaderas. El príncipe regresó a su patria muy triste y apesadumbrado, porque anhelaba con toda su alma desposar una princesa auténtica.

Cierta noche se desencadenó una terrible tempestad. Llovía torrencialmente y retumbaban los truenos. ¡Era una noche espantosa! De súbito, llamaron a la puerta de la ciudad y el rey en persona fue a abrir.

Fuera, junto al umbral, se encontraba una princesa, ¡pero en qué estado venía, Dios mío! El agua chorreaba de sus cabellos y vestidos, le entraba por la punta de sus zapatos y le salía por los talones. Sin embargo, ella afirmaba que era una princesa de verdad.

“Pronto lo sabremos”, pensó la vieja reina. Pero, sin decir una palabra, se dirigió al dormitorio, quitó todos los colchones y ropa de la cama y dejó sobre un travesaño un guisante; luego tomó veinte col-



Tomado de: Hans Christian Andersen, *Cuentos*, Editorial Cumbre, México, 1966 (5ª edición).



chones y los colocó encima del guisante y, por añadidura, puso veinte edredones sobre los colchones. En esta cama durmió la princesa toda la noche. Al día siguiente le preguntaron cómo había dormido.

—¡Oh, muy mal! —contestó—. No he podido cerrar los ojos en toda la noche. Dios sabe qué había en mi cama. Tenía la impresión de estar acostada sobre una cosa dura que me ha llenado de cardenales todo el cuerpo. ¡Ha sido horrible!

LEONEL VÁZQUEZ PÉREZ (9 AÑOS), BIBLIOTECA AMADO NERVO, SEP, D.F.





PRISCILA PÉREZ MOORE (6 AÑOS), CAMPECHE, CAMP.

Entonces comprendieron que debía ser una princesa de veras, porque, a través de veinte colchones y otros tantos edredones, había sentido la molestia de un guisante. Sólo una verdadera princesa podía ser tan delicada.

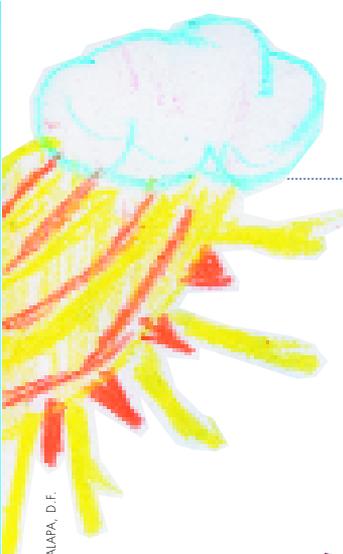
Así, el príncipe la tomó por esposa, porque no tenía la menor duda de que se casaba con una princesa de verdad, y el guisante fue llevado al Museo, donde aún debe encontrarse, si nadie se lo ha llevado.

¡Este sí que es un verdadero cuento! ■■■



FRIDA YANDEE ROMERO APODACÁ (6 AÑOS), TECAE, B. C.



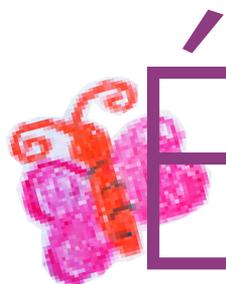


Pulgarcita



MEISA ZUMAYA HERNÁNDEZ (12 AÑOS), IZTAPALAPA, D.F.

ABRILH YAMILET GAMBOA PÉREZ (7 AÑOS), ACAJA, CHIAPAS



MEISA ZUMAYA HERNÁNDEZ (12 AÑOS), IZTAPALAPA, D.F.

Érase una vez una viuda que anhelaba tener una niña chiquitita y, no sabiendo qué debía hacer para obtenerla, fue a consultar a una vieja hechicera.

—Deseo tener una niña chiquitita, que no crezca —dijo—, ¿Podéis decirme cómo lo conseguiré?

—¡Oh! No hay cosa más fácil —contestó la hechicera—. Toma, aquí tienes un grano de cebada, muy distinto de los que se siembran en el campo o se dan como pienso a los animales. Entiérralo en una maceta y tendrás lo que desees.

La mujer dio las gracias a la bruja y le pagó una moneda de plata por el grano. En cuanto llegó a su casa, lo enterró en una maceta. Inmediatamente brotó una flor grande, magnífica, de colores brillantes, cerrada aún.

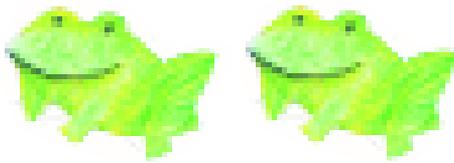
—¡Qué flor tan hermosa! —exclamó la viuda, besando los pétalos color de ámbar y púrpura.

No bien hubo hecho, el capullo se abrió produciendo un estallido. Era, sin duda alguna, un tulipán; pero en la corola, sentada sobre el pistilo, estaba una niña chiquitita, chiquitita, llena de gracia y gentileza. Como su estatura apenas pasaba de la mitad de una pulgada, le puso por nombre Pulgarcita.

Dióle por cuna una cáscara de nuez bien pulida, por colchón algunas hojas de violeta y por cobertor un pétalo de rosa. En ella dormía la niña

Tomado de: Hans Christian Andersen, *Cuentos*, Editorial Cumbre, México, 1966 (5ª edición).

VERÓNICA ROCÍO CORTÉS HERNÁNDEZ (7 AÑOS), AZCAPOTZALCO, D.F.



durante la noche y de día jugaba sobre la mesa, donde la mujer puso un plato lleno de agua, rodeado de una guirnalda de flores. Flotaba en él una hoja de tulipán en la que solía instalarse Pulgarcita para ir de una orilla a otra remando con dos crines blancas de caballo. ¡Era encantador! Además, la niña cantaba con una voz tan dulce, tan melodiosa, que no era posible escucharla sin contener el aliento.

Una noche, mientras dormía en su camita, un repugnante sapo penetró en la habitación por el hueco de un cristal roto de la ventana. ¡Qué feo, gordo y pegajoso era aquel animal! Saltó sobre la mesa donde dormía Pulgarcita cubierta con su pétalo de rosa.

—¡Qué bonita niña! —dijose el sapo—. La casaré con mi hijo.

Cogió la cáscara de nuez en la que descansaba Pulgarcita, saltó por el mismo agujero y se la llevó al jardín.

MARCO ANTONIO LARA CRUZ (7 AÑOS), AGUASCAIENTES, AGS.





PATRICIA GUADALUPE GARCÍA RIVERA (10 AÑOS), TEZONTEPEC, HIDALGO

Allí, en un espacio fangoso donde se ensanchaba el arroyuelo, vivía el sapo con su hijo, que era por lo menos tan feo y asqueroso como su padre.

—¡Croac, croac, breque-quec! —fue lo único que supo decir el estúpido joven al ver a la preciosa criatura dormida en la cáscara de nuez.

—No grites así —dijo el viejo—, pues podrías despertarla y se nos escaparía, porque es tan ligera como el plumón del cisne. Vamos a colocarla sobre una de esas anchas hojas de nenúfar que crecen en medio del arroyo y que será para ella como una isla donde la tendremos segura mientras vamos al fondo de la charca a preparar la mejor habitación donde recibirla y celebrar las bodas.

En el arroyo crecían muchos nenúfares, cuyas verdes hojas flotaban en la superficie, y la más distante era también la mayor. El sapo viejo fue hasta allá llevando con la mayor delicadeza la cascara de nuez donde seguía durmiendo Pulgarcita y la depositó sobre la hoja. Después se zambulló en compañía de su hijo.





JUANA LILIA MARTÍNEZ HERNÁNDEZ (11 AÑOS), TEZONTEPEC, HIDALGO

Pulgarcita despertó por la mañana muy temprano y, al encontrarse rodeada de agua por todas partes y sin medio alguno de alcanzar la orilla, se echó a llorar amargamente.

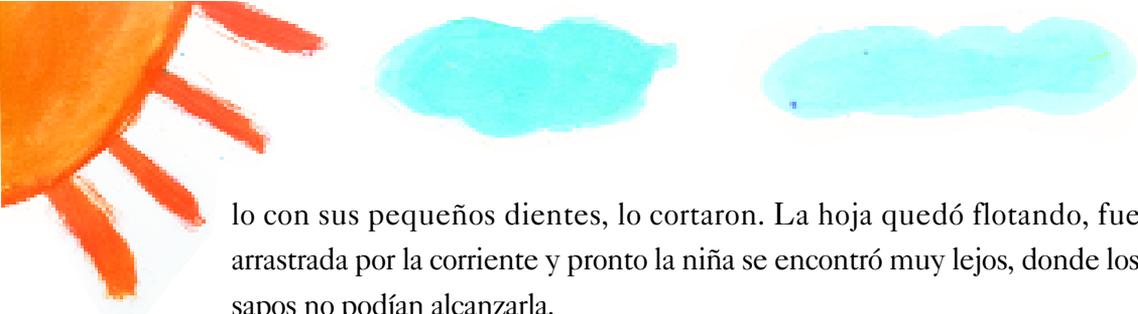
El sapo viejo, en cuanto acabó de arreglar la habitación para su futura nuera, adornándola con hojas de caña y pétalos de lirios acuáticos, salió a la superficie acompañado de su hijo para llevarse la cama de Pulgarcita a la alcoba, de modo que no faltase ya nada para la boda, e hizo la presentación del novio a la niña. Inclinandose, dijo:

—Este es mi hijo. Tendrás en él un marido excelente y viviréis felices en el fondo de la charca.

—¡Croac, croac, breque-quec! —fue lo único que supo decir el sapo joven.

Entre los dos cogieron la camita y se la llevaron. Pulgarcita se quedó sola, llorando cada vez más, al verse condenada a pasar la vida con aquellos dos monstruos. Los pececillos del arroyo que habían oído las palabras del sapo asomaron la cabeza a flor de agua para ver a la niña. Y apenas la vieron, consideraron que era demasiado bonita para casarse con un estúpido sapo.—No, eso no puede ser —dijo uno con decisión.

Y todos se reunieron en torno al tallo de la hoja de nenúfar y, mordiéndolo-



lo con sus pequeños dientes, lo cortaron. La hoja quedó flotando, fue arrastrada por la corriente y pronto la niña se encontró muy lejos, donde los sapos no podían alcanzarla.

La hoja seguía navegando a través de bosques, prados y ciudades. Los pajarillos que volaban de rama en rama la saludaban con sus trinos y se ponían a cantar:

—¡Qué encanto de niña!

La hoja no cesaba de correr por el riachuelo, que se iba agrandando, y así viajó Pulgarcita hasta remotas tierras.

Una pintada mariposa, blanca y azul, que iba revoloteando a su alrededor, acabó por posarse confiadamente en la hoja. Pulgarcita se quitó el cinturón y ató uno de sus extremos a la mariposa y el otro a la hoja de nenúfar. La mariposa se puso a volar y la hoja, remolcada por ella, se deslizó más rápida. Pulgarcita contemplaba llena de gozo aquellos parajes tan hermosos, donde el sol brillaba esplendoroso y ponía dorados reflejos sobre la corriente.

LIZ JENIFER ESPINOSA CERVANTES (12 AÑOS), BIBLIOTECA DE MÉXICO, D.F.





GUADALUPE NATHALI MARTÍNEZ MORENO (11 AÑOS), ENSENADA, B.C.

Pero entonces un gran saltamontes vio a la niña, la cogió por el talle con sus garras y se la llevó a un árbol. La hoja continuó flotando riachuelo abajo, arrastrando a la mariposa, que no podía desprenderse.

¡Qué angustias pasó la pobre niña al verse colocada entre las altas ramas de un árbol! Pero a decir verdad, lo que más la acongojaba era la suerte de la mariposa que, amarrada a la hoja, estaba expuesta a morir de hambre.

Venciendo el miedo que le causaba el saltamontes con sus zumbidos, se atrevió a hablarle de su inquietud por la mariposa, pero él no hizo el menor caso de sus cuitas y la depositó sobre la hoja más grande del árbol, le ofreció miel de las flores y le dijo que era muy hermosa, aunque no tanto como un saltamontes.



Al poco rato, acudieron a visitarla todos los saltamontes que vivían en el árbol. Examinaron a Pulgarcita y las damas saltamontes movían las antenas y exclamaban:

—¡Qué fea es! ¡Sólo tiene dos piernas!

—¡Y ninguna antena!

—¡Qué cintura tan estrecha! ¡Bah! Es un ser humano en miniatura. ¡Qué horror!

El viejo saltamontes que la raptó había declarado que era bonita, pero al oír el juicio de sus compañeros, a pesar de que había viajado mucho y tenía el gusto mejor formado, acabó por creer lo que decían todos y la rechazó. La cogieron, la bajaron del árbol y la depositaron sobre una margarita.

Pulgarcita rompió a llorar al ver que los saltamontes la desdeñaban por fea. Y, sin embargo, era la más encantadora criatura que pueda concebir la imaginación y tan delicada como un pétalo de rosa.

Vióse obligada a vivir completamente sola en el bosque. Empezó por tejerse una hamaca con briznas de hierba y la colgó bajo la hoja de una anémona, a fin de resguardarse de la lluvia. Se alimentaba con el jugo de las flores y bebía del rocío que encontraba cada mañana sobre las hojas. Así pasó el verano y el otoño; pero vino el invierno, el frío y crudo invierno. Los pajarillos que le habían dedicado sus cantos se alejaron en busca de más templados climas; árboles y plantas perdieron su verdor. La hoja de anémona bajo la cual tenía su cama fue secándose y encogiéndose y Pulgarcita quedó expuesta al ímpetu de las tormentas; tiritaba de frío, porque ya no llevaba más que andrajos y era muy pequeñita y frágil. Empezó a nevar y un copo que le cayó encima la hizo bambolearse. Entonces se refugió bajo un montón de hojas secas, pero éstas no le daban ningún calor.

¡Cuánto sufría la pobrecita! Por último se armó de valor y corrió a la ventura en busca de un asilo. En la linde del bosque se extendía un campo de trigo, pero hacía tiempo que se habían segado las mieses y no quedaba más que el rastrojo, que parecía un bosque de estacas clavadas en



CHIQUITA





la tierra helada. ¡Oh, qué frío hacía allí también! Sin embargo, la niña se introdujo por aquel peligroso laberinto.

De pronto, tropezó con un agujero abierto bajo el rastrojo: era el escondrijo de una rata silvestre, cómoda vivienda con habitaciones calientes y bien provisto granero. La pobrecita se quedó frente a la puerta como una mendiga y pidió la limosna de un grano de cebada, pues nada había comido desde hacía dos días.

—¡Pobre niña! —dijo la rata, que tenía buen corazón—. Entra, podrás calentarte y comer algo.

Tan prendada quedó la rata de Pulgarcita, que le dijo:

—Si quieres, puedes quedarte todo el invierno. Lo único que tendrás que hacer será ayudarme a limpiar la casa y contarme cuentos, que me gustan muchísimo.

Pulgarcita aceptó agradecida los ofrecimientos de la rata y desde entonces ésta la quiso y la trató muy bien.

Algunos días después, la rata dijo:

—Vamos a recibir una visita. Mi vecino suele venir a verme una vez por semana, para charlar un rato. Es más rico que yo. Tiene una casa grande y hermosa y viste una pelliza negra, brillante y finísima. Si pudieras conquistarlo para marido harías tu fortuna; pero es ciego y no podrá apreciar tus gracias. Cuéntale alguno de los cuentos que sabes y no dudo de que lo enamorarás.

Pulgarcita no se interesó gran cosa, pues bien sabía que el vecino de la rata era un topo. Este, en efecto, hizo su visita, luciendo su abrigo de terciopelo negro. La rata prodigó lisonjas al topo, alabando su hermosa casa, veinte veces más grande que la suya, sus abundantes provisiones de invierno y su espíritu cultivado. El topo, que tenía un aire grave y pedante, sólo perdía su fatua serenidad cuando oía hablar de las flores y del sol, porque nunca los había visto.

A instancias de la rata, Pulgarcita entonó algunas canciones, entre ellas la que dice: “Vuela, vuela, saltón” y “El fraile va al campo.” Al oír la dulce voz de la niña, el topo se enamoró de ella, pero disimuló sus sentimientos, para no perder su compostura.





ISRAEL RAMOS GONZÁLEZ (8 AÑOS), AZCAPOTZALCO, D.F.

En poco tiempo construyó un pasillo subterráneo entre su casa y la de la rata y las invitó a visitar sus habitaciones. Les advirtió que no se asustaran de un pájaro muerto que encontrarían en uno de los corredores.

—No os hará nada —dijo—. Debe haber muerto de frío durante la última noche.

El topo cogió con los dientes un trozo de madera podrida que alumbraba como una linterna en la oscuridad y precedió a sus invitadas por los largos y sombríos corredores. Al llegar al sitio donde yacía el pájaro, el topo empujó con su fuerte hocico la tierra del techo y abrió un agujero por el que pene-

tró la luz del sol, alumbrando el triste espectáculo de una golondrina muerta, con las alas apretadas contra los costados y la cabeza y las patas ocultas entre las plumas, señal evidente de que había muerto de frío. Pulgarcita se conmovió profundamente al verla, porque quería mucho a los pajarillos que la habían alegrado con sus cantos durante todo el verano. Pero el topo empujó a la golondrina con sus ganchudas patas, diciendo:

—Ya no piarás más. ¡Qué desgraciados son los pájaros! Durante el verano se ponen orgullosos y aturden a todo el mundo con sus cantos, pero en invierno se mueren de hambre y de frío.

—Dice usted muy bien —comentó la rata, que se pagaba también de tener un espíritu práctico—. Mientras dura el buen tiempo, no piensan más que en cantar; no sé de qué les aprovecha, si no se cuidan de hacer provisiones para el invierno, y cuando éste llega han de morir de hambre y de frío. ¡Y hay quien dice que esto es cosa de buen gusto! Pulgarcita no dijo

VERÓNICA ROCÍO CORTÉS HERNÁNDEZ (7 AÑOS), AZCAPOTZALCO, D.F.



una palabra, pero cuando sus compañeros volvieron la espalda y se alejaron, retrocedió, se inclinó sobre la golondrina, separó las plumas que cubrían su cabeza y le besó los ojillos cerrados.

—¡Quién sabe! —pensó—. Acaso sea uno de los pajaritos que el verano pasado me saludaban con sus gorjeos, cuando bajaba por el arroyo sobre la hoja de nenúfar.

Después de recorrer los túneles que formaban su vivienda, el topo acompañó a sus vecinas hasta la puerta de su casa y se despidió.

Cerró la noche y Pulgarcita no pudo pegar los ojos pensando en la desventurada golondrina. Se levantó, tejió un tapiz con briznas de heno, lo rellenoó con blando algodón que encontró en las habitaciones de la rata, fue y cubrió con él a la golondrina muerta, abrigándola bien.

—¡Adiós, hermoso pajarito! —dijo—. Gracias por las melodías con que me regalaste durante el verano, cuando los árboles eran tan verdes y el sol bajaba a calentarnos.

Al decir esas palabras apoyó su cabecita sobre el pecho de la golondrina. De pronto, sorprendióle notar el latido del corazón del pajarito: no estaba muerto, sino aletargado por el frío, y con el calor recobraba la vida.

En el último otoño, cuando todas las golondrinas partieron en busca de climas más benignos, aquélla se quedó rezagada, la sorprendió el frío y la nieve la cubrió. A duras penas pudo arrastrarse hasta el túnel del topo.

Pulgarcita temblaba de miedo al verla resucitar, porque el pájaro era muy grande a su lado; pero se armó de valor, envolvió aún más el cuerpo de la golondrina con el cobertor, fue a buscar una hoja de hierbabuena que le servía de colcha y la puso sobre la cabeza del pájaro.

Luego se volvió a su cama de puntillas y no dijo nada a la rata.

A la noche siguiente, volvió a ver a la golondrina y la encontró viva, aunque muy débil; abrió los ojos y miró con ternura a Pulgarcita, que estaba a su lado alumbrándose con un trozo de madera podrida y fosforescente.

—¡Gracias, encantadora niña! —dijo con voz apagada la enferma—. Me



has devuelto la vida. Siento que voy a recobrar mis fuerzas y que podré volver otra vez a la luz del sol.

—Todavía no —dijo Pulgarcita—, pues por fuera está nevando. Quédate aquí bien abrigadita y yo te cuidaré.

Y le llevó algunas conservas de insectos y un poco de agua en el cáliz de una campanilla. La golondrina, después de comer y beber, se sintió vigorizada y le contó que se había desgarrado un ala con una zarza espinosa, por lo cual no pudo seguir a sus compañeras cuando partieron hacia las comarcas del sur. El frío había sido más primerizo que de costumbre y la sorprendió y la dejó aletargada. No recordaba cómo había ido a parar donde estaba.

Pulgarcita continuó durante todo el invierno cuidando a la golondrina con la solicitud y ternura de una hermana, sin decir de ello una palabra al topo ni a la rata, los cuales se habían expresado tan duramente con respecto al pobre pájaro.

Y en cuanto llegó la primavera y reaparecieron el sol y el buen tiempo, la golondrina anunció su deseo de partir y, aunque con mucha tristeza, Pulgarcita agrandó el agujero abierto por el topo y el sol entró a inundar el sombrío túnel.

—¡Qué buen tiempo hace afuera! —exclamó la golondrina—. Si quieres acompañarme, te llevaré sobre mis alas al verde bosque.

Pero Pulgarcita pensó que la rata se había portado bondadosamente con ella y no podía darle un disgusto marchándose así tan bruscamente.

—No, no puedo —contestó.

—¡Adiós, pues! ¡Adiós, tierna y encantadora niña! —dijo la golondrina lanzándose al espacio.

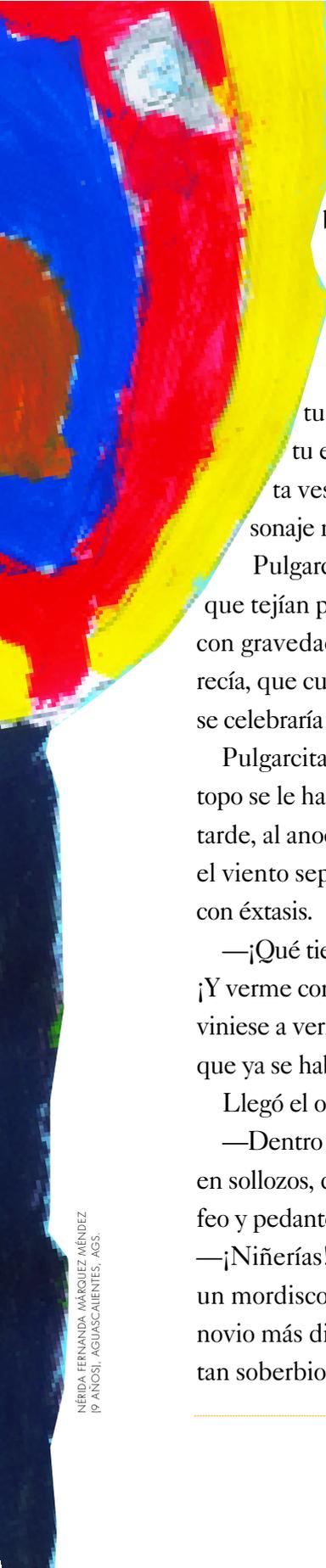
Pulgarcita la contempló revolotear gozosa a la luz del sol y las lágrimas le nublaron los ojos.

—¡Quivit, quivit! —cantó el pájaro por última vez.

Y desapareció en la espesura del bosque.

Tanto más triste y afligida quedóse Pulgarcita cuanto que no le permiti-





tían salir a tomar el sol, pues sobre la madriguera de la rata habían sembrado trigo y la rata le decía:

—No te arriesgues a salir, pues como eres tan chiquitita te perderías en ese laberinto de altos tallos de la mies. Después la rata le dijo:

—Tengo que darte una buena noticia: el topo me ha pedido tu mano. ¡Qué fortuna, hija mía! Ahora será preciso ocuparse de tu equipo de novia, porque vas a casarte este verano. Te hacen falta vestidos y ropa blanca para ser la esposa del topo, que es un personaje muy distinguido.

Pulgarcita tuvo que ponerse a hilar y el topo contrató a cuatro arañas, que tejían para ella sin descanso. El topo la visitaba cada noche y hablaba con gravedad de que hacía mucho calor, que la tierra abrasaba y se endurecía, que cuando pasara el verano el sol no calentaría tanto y que entonces se celebraría la boda.

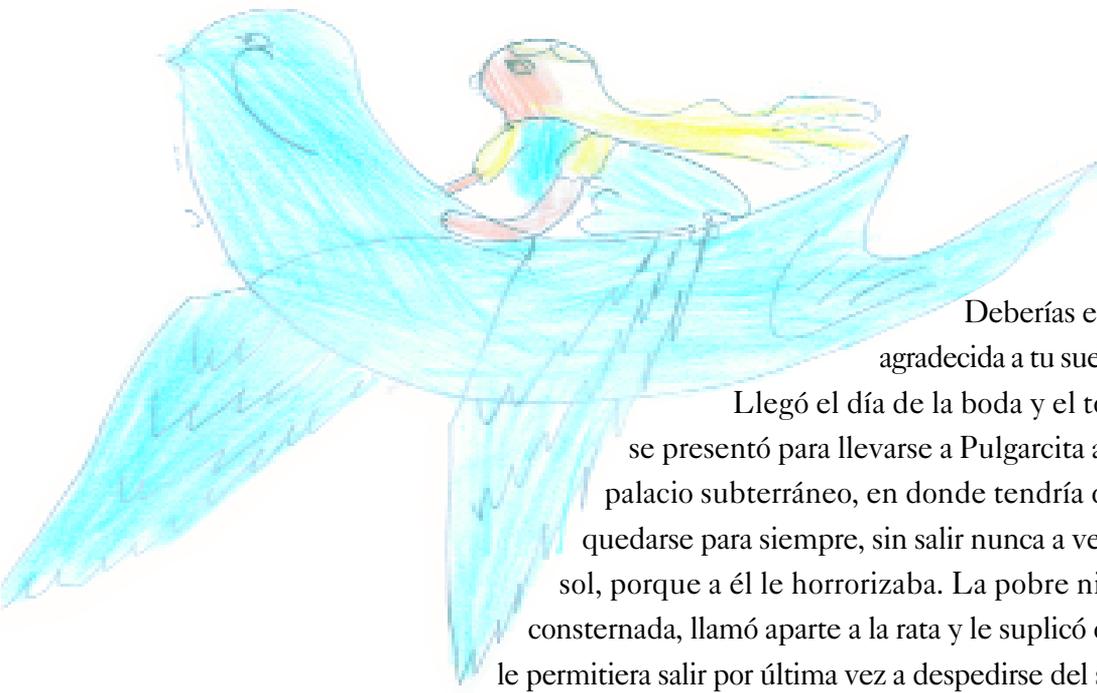
Pulgarcita languidecía y estaba cada vez más triste, porque el fastidioso topo se le hacía insoportable. Cada día, por la mañana, al salir el sol, y por la tarde, al anochecer, se escapaba hasta la puerta de la madriguera y cuando el viento separaba las espigas y le dejaba ver el cielo azul, lo contemplaba con éxtasis.

—¡Qué tiempo tan hermoso y qué claridad reina aquí fuera! —se decía—. ¡Y verme condenada a vivir en ese tenebroso escondrijo! ¡Oh! ¡Si al menos viniese a verme la golondrina, mi querida amiga! Pero corriendo por el bosque ya se habrá olvidado de mí y no la veré más.

Llegó el otoño y quedó dispuesto el equipo de novia.

—Dentro de cuatro semanas será la boda —dijo la rata. Pulgarcita rompió en sollozos, declarando que no quería pasar la vida con aquel topo tan soso, feo y pedante.

—¡Niñerías! —repuso la rata—. Mira, no te pongas tonta porque te pego un mordisco y verás si tengo afilados los dientes. ¿Dónde encontrarás un novio más distinguido? ¡Desdeñar a un topo que lleva un abrigo de pieles tan soberbio y que además tiene siempre repletas la cocina y la despensa!



Deberías estar
agradecida a tu suerte.

Llegó el día de la boda y el topo se presentó para llevarse a Pulgarcita a su palacio subterráneo, en donde tendría que quedarse para siempre, sin salir nunca a ver el sol, porque a él le horrorizaba. La pobre niña, consternada, llamó aparte a la rata y le suplicó que le permitiera salir por última vez a despedirse del sol.

—Anda, ve y vuelve en seguida —concedió la rata—. Pero no pases de la puerta.

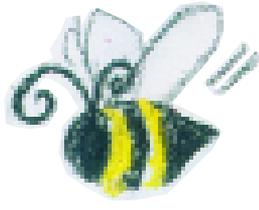
Pulgarcita salió y dio algunos pasos por el campo. Ya habían segado el trigo, gracias a lo cual podía divisar todo el valle. Levantó los brazos al cielo y exclamó:

—¡Adiós, sol esplendoroso! —Luego abrazó el tallo de una roja amapola—. ¡Adiós, adiós, florecilla! Si ves a la golondrina, dile cuánto la quiero.

—¡Quivit, quivit! —oyó cantar de pronto sobre su cabeza.

Levantó los ojos y vio a la golondrina, que pasaba volando para dirigirse con sus compañeras a los países del sur. Al ver a Pulgarcita se detuvo llena de gozo y ella le contó la pena que tenía porque la casaban con un topo muy feo y la obligaban a vivir bajo tierra, privada de la luz del sol. Y al decir eso, no pudo contener los sollozos.

—Pues decídate de una vez —le respondió la golondrina—. Se acerca el invierno y yo he de partir a países más cálidos. ¿Quieres ir conmigo? Súbete a mi espalda, átate bien con el cinturón y huiemos del feo topo muy lejos, a través de las montañas, a regiones donde el sol brilla más que aquí, donde reina una eterna primavera y hay flores hermosísimas. Me tendré por muy dichosa de llevarte conmigo, a ti que me salvaste la vida cuando me encontraste yerta de frío.



—Te acompaño —dijo la niña.

Se sentó sobre la espalda del pájaro, pasó las piernas entre las alas y se ató fuertemente con el cinturón a una de las más recias plumas. Entonces la golondrina levantó el vuelo, pasó por encima de bosques, mares y altas montañas cubiertas de nieve. Pulgarcita se acurrucaba entre las plumas para abrigarse del frío, sacando sólo la cabeza para admirar los magníficos panoramas que se ofrecían a su vista.

Llegaron a las regiones cálidas, donde el sol era más brillante y el cielo más azul, donde había campos llenos de verdor, bosques de limoneros y naranjos, vides de frondosos pámpanos y grandes racimos de uvas; el aire estaba embalsamado de mirtos y madreselvas y por los senderos corrían niños jugando con grandes mariposas de hermosísimos colores.

La golondrina seguía volando y el paisaje era cada vez más bello. Por fin llegaron a un lago azul y transparente, rodeado de una magnífica arboleda. A sus orillas se levantaba un soberbio palacio de mármol de deslumbrante blancura. Hiedras y emparrados se enroscaban caprichosamente por las columnatas de las galerías y en las cornisas habían fabricado sus nidos gran número de golondrinas. Uno de ellos pertenecía a la que llevaba a Pulgarcita.

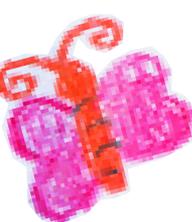
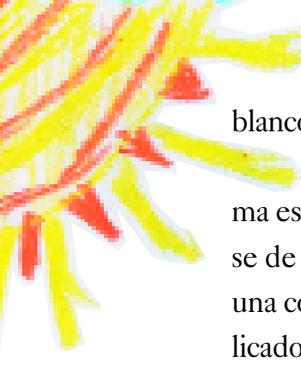
—Aquí está mi casa —dijo la golondrina—, que no es bastante bella para ti; pero abajo, en el jardín, hay flores hermosísimas y puedes elegir la que quieras para habitación.

—¡Maravilloso! —gritó Pulgarcita, parlotando de alegría.

Yacía en el suelo una blanca columna de mármol, partida en tres pedazos y casi sepultada por







la frondosa vegetación. Entre las hendiduras crecían las flores más grandes y hermosas que Pulgarcita había visto en su vida, de un color blanco opalino. Pulgarcita eligió una y la golondrina la depositó en su cáliz.

Pero, ¡oh, sorpresa!, en el cáliz de la flor había un doncel de la misma estatura que ella, cuyo cuerpo era luminoso y transparente como si fuese de cristal; tenía dos alas de resplandecientes matices y ceñía sus sienes una corona de oro. Era el ángel de la flor. En cada cáliz había un ser tan delicado y diminuto como él, de uno u otro sexo; pero éste era el rey de aquel maravilloso pueblo.

—¡Dios mío! ¡Qué bello es! —murmuró Pulgarcita al oído de la golondrina.

El príncipe se asustó al verse ante aquel pájaro que, a su lado, resultaba gigantesco, pero cuando vio a Pulgarcita sintió una gran alegría, pues era la doncella más hermosa que había conocido. Tan profundamente lo impresionó su belleza, que se quitó la corona y la puso en la frente de Pulgarcita, le preguntó su nombre y le pidió si quería ser su esposa y reina de las flores. ¡Qué diferencia entre ese hermoso doncel y el sapo estúpido o el topo fastidioso! Sin vacilar, contestó que sí y al punto salieron revoloteando de todas las flores damas y caballeros lujosamente vestidos. Cada uno ofreció a Pulgarcita un regalo, el mejor de los cuales fue un par de alas de mariposa blanca, brillantes como el nácar. Pulgarcita se las prendió a la espalda y pudo revolotear de flor en flor.

Hubo grandes regocijos, las fiestas que se celebraron con motivo de la boda duraron varios meses y en todas ellas la golondrina era muy bien recibida. Ésta, desde su nido, dedicó a los novios sus mejores cantos, aunque en el fondo de su corazón sentía la tristeza de no poder vivir siempre en compañía de Pulgarcita.

—No has de llamarte Pulgarcita —dijo el príncipe de las flores—; es un nombre feo y tú eres muy bonita. Nosotros te llamaremos Maya.



ABRIH YAMILET GAMBOA PÉREZ (7 AÑOS), ACALA, CHIAPAS



VERÓNICA ROCÍO CORTÉS HERNÁNDEZ (7 AÑOS), AZCAPOZALCO, D.F.



La sirena

Adentro, muy adentro en el mar, el agua es tan azul como la flor más azul del aciano, clara como el cristal más claro y tan profunda que el ánclora nunca llega hasta el fondo. Se requerirían muchos campanarios puestos unos encima de otros para que alcanzaran a cubrir la distancia que separa el fondo de la superficie.

No os imaginéis que el fondo esté sólo cubierto de arena blanca. ¡Oh, no! Allí crecen también árboles y maravillosas plantas, de ramas y hojas delicadas que se mecen al más leve movimiento del agua, como si fueran criaturas vivas. Toda clase de peces se deslizan entre las ramas, de la misma manera que los pájaros vuelan entre los árboles. En el paraje más hondo se levanta el palacio del Rey de los Mares. Sus muros son de coral y del ámbar más claro sus anchas ventanas ojivales. El techo está adornado de conchas que se abren y se cierran siguiendo el movimiento de las aguas, lo que produce un bello efecto, porque cada concha contiene

Tomado de: Hans Christian Andersen, *Cuentos*, Editorial Cumbre, México, 1966 (5ª edición).



ALONDRA TOLEDO PORCAYO (9 AÑOS), AMACUZAC, MORELOS

una perla tan preciosa que sería digna de estar engastada en la corona de una reina.

El Rey de los Mares se había quedado viudo hacía muchos años. Su anciana madre gobernaba la casa. Era una mujer muy cuerda y estaba orgullosa de su alcurnia: llevaba doce ostras en la cola, mientras que las otras grandes damas sólo llevaban seis. Sin embargo, era digna de encomio, sobre todo porque amaba tiernamente a las princesitas del mar, sus nietas.

Estas eran seis, todas hermosas, pero la más linda de todas era la menor: su piel era tan blanca y fina como un pétalo de rosa y en su mirada se reflejaba el color profundo del mar. Sin embargo, como sus hermanas, carecía de piernas: su cuerpo terminaba en una cola de pez.

Las hermanas solían pasar todo el día jugando en las grandes salas del palacio, en cuyos muros crecían hermosas flores. Cuando las amplias venta-

nas de ámbar estaban abiertas, los peces entraban nadando, como entran las golondrinas en nuestras casas, y se acercaban a las princesas, comían de sus manos y se dejaban acariciar.

Delante del palacio se extendía un gran jardín, con árboles de un color rojo como el fuego y de un azul oscuro. Sus frutos brillaban como si fueran de oro, mientras que las flores, encendidas como brasas, se mecían incesantemente. El piso era de fina arena, azul como la llama del azufre, y una maravillosa luz azulina lo iluminaba todo. En vez de descansar en el fondo del mar, diríase que uno se encontraba suspendido en el aire y rodeado de cielo. Cuando el mar estaba en calma, podía verse el sol, que brillaba como una flor púrpura cuya corola irradiaba luz.

Cada princesita tenía su pequeño jardín, donde podía cavar y plantar a placer. Unas daban a su parcela la forma de una ballena, otras preferían la de

MARÍA SOTO RAMÍRES (10 AÑOS), ATOTONILCO EL ALTO, JAISCO





ILIJÁN ESTEFANY ORDÁZ HERNÁNDEZ 11,2 AÑOSI,
BIBLIOTECA AMADO NERVO, SEP. D.F.

una sirena; pero la más pequeña le dio la forma redonda del sol y sólo plantó flores del mismo color de los rayos de dicho astro. Era una doncellita de índole especial, quieta y pensativa. Mientras sus hermanas adornaban sus jardines con toda clase de objetos extraordinarios procedentes de naves naufragadas, a ella sólo le entusiasmaba una bella estatua de mármol que debió caer de un barco ido a pique y que representaba un gentil mancebo. La princesa plantó junto a la estatua un sauce llorón de color rojizo, que creció rozagante y tendió sobre la estatua sus verdes ramas, las cuales llegaban hasta la arena azul, donde las sombras eran violáceas y se movían continuamente, como las ramas. Semejaba que las hojas y las raíces se besaban, jugando.

Pero lo que causaba mayor placer a la pequeña sirena era escuchar lo que su abuela contaba de los seres humanos que vivían arriba, fuera del mar. Aquellas historias de barcos y ciudades, personas y animales cautivaban su atención. Pero lo verdaderamente prodigioso para ella era que las flores de la tierra fuesen olorosas, pues las del mar eran inodoras; que los bosques fuesen verdes y que los peces de allá arriba que pasaban entre los árboles pudiesen cantar melodiosamente. La abuela llamaba peces a los pajaritos, para que la pequeña sirena pudiese comprenderla, puesto que nunca los había visto.

—Cuando tengáis quince años —les decía la abuela— os será permitido subir hasta la superficie, sentaros sobre una roca a la luz de la luna y contemplar las grandes naves; y veréis también bosques y ciudades.

Al año siguiente, la mayor de las hermanas cumplió quince años. Como todas se llevaban un año, a la pequeña le faltaban cinco para que la dejasen abandonar las profundidades marinas y subir a contemplar lo que había en la tierra. Pero cada una prometía contar a las otras lo que viera y lo que le hubiese parecido más portentoso el primer día, ya que la abuela no podía contarle todo y había muchísimas cosas que ansiaban conocer.



ALONDRA TOLEDO PORCAYO 19 AÑOSI, AMACUZAC, MORELOS

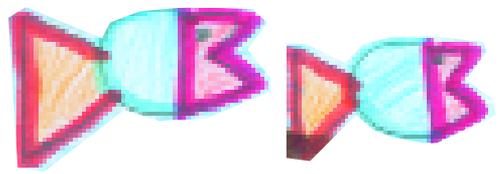




INGRID CAROL SÁNCHEZ CASANGO (10 AÑOS), VILLAHERMOSA, TABASCO.

Ninguna de las princesas deseaba subir con tanta ansiedad como la pequeña, que era la que tenía que esperar más tiempo y siempre permanecía callada y pensativa. A menudo, por la noche, se asomaba a la ventana abierta y miraba a través del agua de un azul oscuro, por donde nadaban los peces moviendo sus colas y aletas. Y alcanzaba a ver la luna y las estrellas, que, si bien brillaban con luz más débil, aparecían, a través del agua, más grandes que a nuestros ojos. Si una sombra se interponía entre ella y los luminares, sabía que se trataba de una ballena o de una nave llena de hombres. ¡Ah! ¡Cuan lejos estaban éstos de imaginar que una pequeña sirena se encontraba allá abajo con sus manitas blancas tendidas hacia la quilla de su nave!

Y llegó el día en que la mayor de las princesas cumplió quince años y obtuvo permiso para subir a la superficie. Al regresar, tenía

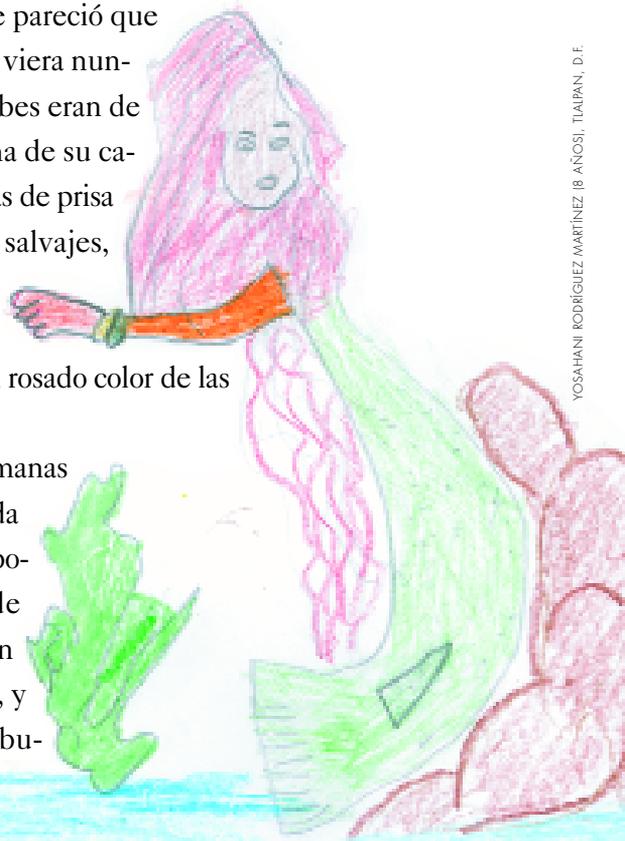


muchas cosas que contar, pero lo más bonito de todo, según afirmaba, era sentarse sobre un banco de arena al claro de luna, en medio de un mar tranquilo, y contemplar la gran ciudad que se levantaba cerca de la costa, donde brillan luces semejantes a innumerables estrellas, suenan músicas y ruidos de coches y de gente y las campanas repican en las altas torres. Y precisamente porque no podía llegar hasta ellas, las campanas eran lo que más anhelaba.

¡Con qué afán escuchaba la hermana pequeña esas cosas. Cuando por la noche se asomó a la ventana para mirar a través del agua de un color azul oscuro, pensó en la gran ciudad ruidosa y se imaginó que oía el sonido de las campanas de la iglesia, a pesar de que vivía en las profundidades marinas.

Al año siguiente, la segunda de las hermanas subió a flor de agua y nadó a su antojo. Era la hora del crepúsculo y le pareció que presenciaba el espectáculo más bello que viera nunca. Todo el cielo semejaba de oro y las nubes eran de una belleza inefable. Flotaban por encima de su cabeza, teñidas de púrpura y violeta, pero más de prisa que las nubes iba una bandada de cisnes salvajes, que volaba en dirección al sol, semejante a un largo velo blanco. Ella nadó hacia el sol, pero el astro se hundió en el horizonte y el rosado color de las aguas y de las nubes se desvaneció.

Al cabo de un año, la tercera de las hermanas subió a la superficie. Como era la más osada de las cinco, llegó nadando hasta la desembocadura de un río. Vio colinas cubiertas de verdes viñedos; palacios y castillos aparecían entre los bosques; oyó cantar a los pájaros, y el sol era tan caliente que tenía que zambu-



LILIAN ESTEFANY ORDAZ HERNÁNDEZ (12 AÑOS),
BIBLIOTECA AMADO NERVO, SEP. D.F.





llirse a menudo para refrescarse la cabeza. En una caleta se topó con unos niños que se divertían arrojándose desnudos al agua. La princesa ardía en deseos de quedarse a jugar con ellos, pero la asustó un pequeño animal que apareció de pronto. Se trataba de un perro —era la primera vez que veía uno— y se puso a ladrar tan furiosamente, que ella, asustada, huyó mar adentro. Pero nunca olvidaría los hermosos bosques, las verdes colinas y los graciosos niños que podían nadar aunque carecían de cola de pez.

La cuarta hermana era menos atrevida. Permaneció mucho tiempo nadando sobre las olas. Aquello fue lo más hermoso para ella. Podía ver la inmensa llanura del mar a su alrededor y el cielo, arriba, como una campana de cristal. Vio naves, a lo lejos, que le parecieron gaviotas; delfines que empezaron a saltar ante ella y gigantescas ballenas que echaron agua por la nariz, en tal cantidad que le parecía hallarse rodeada de centenares de fuentes.

Llegó el turno a la quinta hermana. El aniversario de su nacimiento era un invierno, y por eso vio cosas que no vieron las otras en sus viajes anteriores. El mar aparecía completamente verde y, aquí y allá, flotaban grandes masas de hielo que brillaban como perlas, pero eran más grandes que un campanario. Tenían fantásticas formas y relucían como diamantes. La princesa había montado sobre el témpano de mayor tamaño y dejó que el viento jugara con sus cabellos. Las naves se desviaban de ella al verla allí, y por la noche el cielo se cubrió de nubes, brilló el relámpago, retumbó el trueno y las enormes montañas de hielo, que resplandecían a la claridad de los relámpagos, danzaban en medio del oleaje. Todas las naves acortaban vela y en todos los corazones reinaban la angustia y el miedo. La sirena, tranquilamente sentada en su montaña de hielo, contemplaba los rayos que caían zigzagueando en el mar.

La primera vez que las hermanas subieron a la superficie, todo había sido delicia y encanto; pero luego, al repetir los ascensos, lo veían todo con indiferencia, deseaban regresar cuanto antes a su casa y, al cabo de un mes, afirmaban que su palacio en el fondo del mar era incomparable, porque cada una de ellas se sentía cómoda en su hogar.



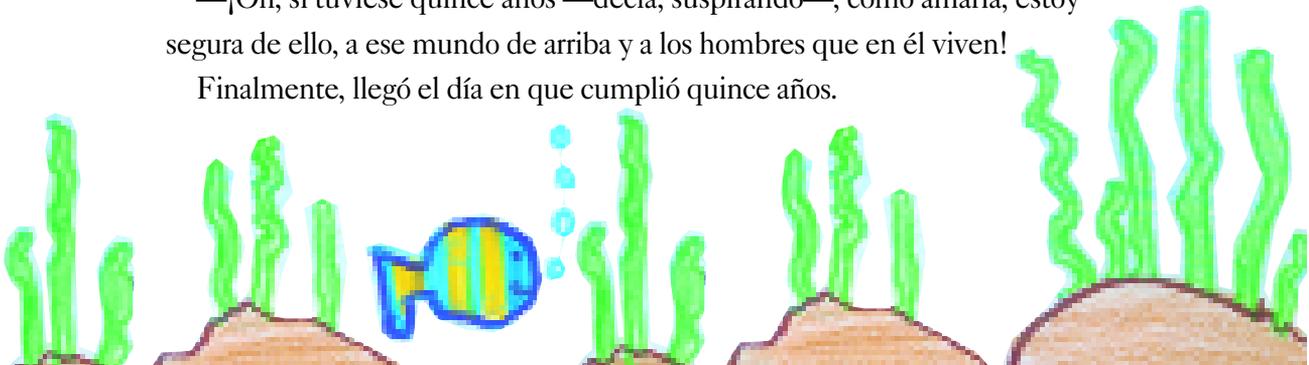


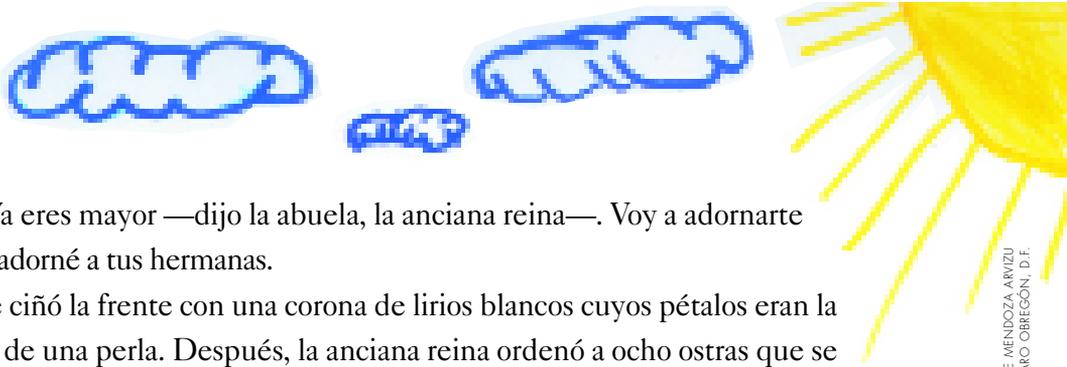
JULIETA FRANCO SO (10 AÑOS), SAN FRANCISCO DE LOS ROMOS, AGUASCALIENTES

A veces, al anochecer, las cinco hermanas ascendían hasta la superficie, cogidas de la mano. Su voz era más dulce que la de cualquier mortal. Cuando empezaba a levantarse una tormenta y temían que ocurriese algún naufragio, se acercaban a los barcos y cantaban con su voz melodiosa, rogando a los marinos que bajasen con ellas al fondo del mar sin temor. Pero los marinos no entendían sus palabras y creían escuchar la voz de la tempestad. Por otra parte, no les era dado ver aquel paraíso que se encontraba en el fondo del mar, porque cuando la nave naufragaba se morían ahogados y sólo sus cadáveres llegaban al fondo. Cuando las hermanas mayores subían cogidas del brazo, la pequeña permanecía sola atrás, apenada, pues no porque las sirenas carezcan de lágrimas sufren menos.

—¡Oh, si tuviese quince años —decía, suspirando—, cómo amaría, estoy segura de ello, a ese mundo de arriba y a los hombres que en él viven!

Finalmente, llegó el día en que cumplió quince años.





—Ya eres mayor —dijo la abuela, la anciana reina—. Voy a adornarte como adorné a tus hermanas.

Y le ciñó la frente con una corona de lirios blancos cuyos pétalos eran la mitad de una perla. Después, la anciana reina ordenó a ocho ostras que se prendiesen a la cola de la princesa, como distintivo de su alcurnia.

—¡Me lastima!

—¡Quiere lucir, ha de sufrir! —contestó la abuela.

¡Ah! ¡Con qué placer se hubiera arrancado de la cabeza aquella pesada corona y los adornos de la cola! Las flores rojas de su jardín le sentarían mejor, pero no se atrevió a tocar nada.

—¡Adiós! —dijo, elevándose ligera como una burbuja.

El sol se había ya puesto cuando la princesita sacó la cabeza fuera del agua, pero las nubes aún reflejaban sus dorados resplandores y en el cielo brillaba la estrella vespertina. El aire era suave y fresco; el mar parecía dormir. No muy lejos, se balanceaba una nave de tres palos con sólo una vela desplegada, porque no soplabla el viento. Los marineros se hallaban sentados en los obenques y en las vergas. A bordo se oían canciones y música, y cuando oscureció fueron encendidas centenares de linternas de colores, como si las banderas de todas las naciones ondeasen en el aire. La sirena se acercó nadando a los tragaluces de un costado del buque y, al ser levantada por las olas, pudo ver a través del vidrio a mucha gente ricamente ataviada. El más hermoso de todos era un príncipe adolescente de ojos negros, cuyo cumpleaños se celebraba en aquellos momentos. Los marineros bailaban en el puente, y cuando el príncipe subió se dispararon centenares de cohetes, que iluminaron el cielo como si de pronto se hubiese hecho de día. La sirena experimentó tal pavor, que se sumergió. Cuando volvió a asomar la cabeza, le pareció que caía sobre ella una lluvia de estrellas. Nunca había visto fuegos artificiales. Grandes astros giraban en remolino, peces de fuego cruzaban el aire azul y todo se reflejaba en el cristalino y tranquilo mar. Había tanta luz en el barco, que se distinguían todas las cuerdas y, con más precisión, la gente. ¡Qué bello era el príncipe! Estrechaba las manos a todo el mundo y sonreía, mientras la música sonaba en la quieta noche.

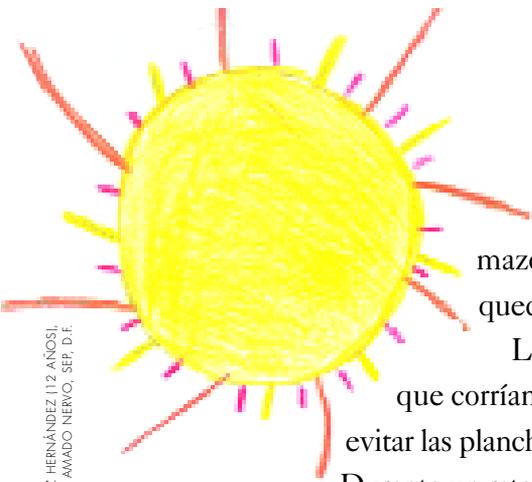
Transcurría el tiempo, la noche avanzaba, pero la princesa no podía apartar los ojos del barco y del hermoso príncipe. Las linternas de colores fueron apagadas. Ya no se disparaban cohetes ni tronaba el cañón, pero del fondo del mar llegaba un confuso rumor, mientras la sirena seguía sobre el agua, mirando por los tragaluzes del barco. Empezó a soplar el viento, una tras otra se fueron hinchando las velas del barco, que avanzó con más rapidez. El mar se embraveció, grandes nubarrones se acumularon en el cielo y, con un rayo, estalló la tormenta. Los marineros arriaron las velas, el barco se balanceaba en medio de la furia del mar. Las negras olas se levantaban como montañas que fueran a derrumbarse sobre la embarcación; pero la nave se deslizaba entre ellas como un cisne y volvía a aparecer sobre las crestas espumosas. La sirena encontraba aquello un juego muy divertido; pero los marineros no eran de esta opinión. Las tablas del barco empezaron a crujiar a

BRYAN AARÓN HERNÁNDEZ MORALES (10 AÑOS), MAGDALENA CONTRERAS, D.F.





La Girasol



cada violenta acometida, que golpeaba como un mazo. El palo mayor se quebró por la mitad y la nave quedó ladeada y fue invadida por las olas.

La pequeña sirena comprendió entonces el peligro que corrían los pobres marineros, pues ella misma tenía que evitar las planchas y maderos que flotaban en masa a su alrededor.

Durante un rato, reinó en el mar tal oscuridad que no se veía nada; pero la claridad de un relámpago iluminó la escena y la sirenita pudo ver lo que ocurría en la nave. Cada marinero se preocupaba de su propia seguridad; pero ella buscaba con la mirada, ansiosamente, al joven príncipe, y cuando la nave se fue a pique vio cómo nadaba. Su primera impresión fue de alegría, pues pensó que así lo tendría pronto por compañero; pero luego cayó en la cuenta de que los hombres no pueden vivir bajo el agua y que él llegaría ya muerto al palacio de su padre. ¡No, no debía morir! Así, pues, nadando entre los restos de la nave que flotaban sobre las olas, decidió buscar al príncipe. Se sumergió y luego volvió a la superficie de nuevo, hasta que, por fin, halló al joven príncipe en el momento en que le faltaban las fuerzas y apenas podía seguir nadando en medio del mar enfurecido. Tenía entumecidos los brazos y las piernas, sus ojos se cerraban y se habría ahogado si la sirena no hubiera corrido en su ayuda. Le cogió la cabeza, que mantuvo fuera del agua, y dejó que las olas se llevaran a ambos.

Al romper el alba, la tempestad había cesado, pero de la nave no quedaba el menor rastro. El sol, rojo y radiante, salió del mar y pareció reanimar al príncipe con sus rayos, pero los ojos de éste continuaban cerrados. La sirena besó su hermosa frente y le echó para atrás sus mojados cabellos. La sirena, al contemplar al príncipe advirtió que se asemejaba extraordinariamente a la estatua de mármol de su jardín. Volvió a besarlo y anheló que volviese a la vida.

Finalmente columbró ante ella la tierra, con sus montañas azules de cimas donde resplandecía la nieve, como si se hubiese detenido en ellas una bandada de cisnes. Al pie de las montañas, cerca de la playa, verdeaban magníficos bosques, y, más acá, se levantaba una iglesia o templo, no lo sabía, pero en todo caso se trataba de un edificio de esta suerte. En el jardín



MICHELLE GASTÉLUM (9 AÑOS), TECATE, B.C.

había limoneros y naranjos y, junto a la puerta, se mecían altas palmeras. El mar formaba allí una cala de agua tranquila, pero profunda y rodeada de peñas. La sirena nadó hacia aquel lugar con el príncipe y lo tendió sobre la arena más fina y limpia, cuidando de levantarle la cabeza para que diesen en ella los rayos del sol.

De pronto, empezaron a sonar todas las campanas del edificio blanco y un grupo de doncellas apareció en el jardín. Entonces la sirena fue nadando a esconderse detrás de las rocas, se cubrió los hombros y la cabeza con espuma del mar, para que nadie pudiera descubrir su rostro, y esperó.

A poco, una de las doncellas llegó junto al príncipe. En los primeros momentos, parecía muy asustada, pero se recobró al punto y llamó a sus compañeras. La sirena vio que el príncipe daba señales de volver a la vida y sonreía a las que lo rodeaban, pero no a ella, ¿comprendéis?, porque ignoraba que lo había salvado. Entonces el corazón de la sirena se llenó de tristeza, y cuando el príncipe entró en la casa, se sumergió en el mar y regresó al palacio de su padre.



KARLA NAHANI GARCÍA MORALES (6 AÑOS), PEÑUELAS, AGUASCALIENTES

Siempre había sido una sirena quieta y callada, pero ahora aún lo era más. Cuando sus hermanas le preguntaban qué había visto, no contaba nada.

Al atardecer, o por la mañana, solía visitar el sitio donde había dejado al príncipe. Vio madurar, y luego ser recogidos, los frutos del jardín, vio fundirse la nieve de la cumbre de las montañas, pero no volvió a ver al príncipe, y cada vez regresaba a su casa más apenada. El único consuelo que le quedaba era sentarse en su jardín y rodear con su brazo la estatua que tanto le recordaba al príncipe. Ya no se ocupaba de sus flores, que crecían por las avenidas como en un yermo, mezclando sus tallos y sus hojas con las ramas de los árboles.

Al fin no pudo guardar por más tiempo su secreto y confió su pena a una de sus hermanas, la cual, como es de suponer, lo contó a las otras. Estas y algunas amigas suyas, eran las únicas que estaban enteradas del pesar que abrumaba a la sirenita. Una de las amigas sabía dónde se hallaba el país del príncipe náufrago. También había presenciado la fiesta del barco.

—¡Ven, hermanita! —le dijeron las otras princesas.

Y, cogidas del brazo, subieron a la superficie todas juntas, hasta llegar frente al palacio del príncipe. Era de brillante piedra amarillenta y tenía grandes escalinatas de mármol, una de las cuales descendía hasta el mar. Magníficas cúpulas doradas remataban el palacio y, entre las columnas que rodeaban el edificio, se levantaban estatuas de mármol que parecían vivientes. A través de los cristales de las altas ventanas se veían los suntuosos salones cuyos muros estaban cubiertos con magníficos tapices de seda y cuadros dignos de ver. En medio del salón principal manaba una fuente cuyos chorros ascendían hacia la cúpula, a través de la cual entraban los rayos del sol, que iluminaban el agua y las plantas que crecían en la piscina.

Ahora la pequeña sirena sabía dónde moraba el príncipe, y hacia allí se dirigía muchas tardes y muchas noches, nadando. Ninguna de sus hermanas osó llegar nunca tan cerca de la tierra como ella. Se arriesgaba a entrar en el angosto canal que rodeaba la escalera de mármol, se sentaba allí y contemplaba al joven príncipe, que se imaginaba estar solo bajo la luz lunar.

Muchas tardes lo vio ella pasear en una hermosa embarcación, adornada de banderas ondeantes, entre sones de música. Ella solía espiar oculta en el juncal, y si sucedía que el viento levantaba su velo, blanco como la plata, parecía un cisne moviendo las alas.

Cuando, de noche, los pescadores salían a pescar con linternas y los oía ponderar al príncipe, se sentía feliz por haberle salvado la vida y recordaba con placer los besos que le había dado mientras su cabeza descansaba pesadamente en sus brazos. Pero él nada sabía de esto, puesto que jamás la había visto, ni siquiera en sueños.

La sirenita amaba cada vez más a los hombres y anhelaba más vivamente vivir entre ellos, porque su mundo le parecía infinitamente más grande que el de ella. Los hombres podían cruzar rápidamente el océano con sus naves, podían subir a las montañas y llegar hasta las nubes; y sus tierras cubiertas de bosques y alfombradas de hierba se ex-





tendían hasta perderse de vista. Deseaba saber muchas cosas que sus hermanas no podían explicarle. Y por eso fue a preguntarlas a su abuela, que conocía muy bien el mundo superior, al que llamaba “los países que se encuentran encima del mar”.

—Si los hombres no se ahogan —preguntó la sirenita—, ¿pueden vivir eternamente? ¿No mueren, como morimos nosotras en el mar?

—Sí —dijo la anciana—, deben morir y su vida es más corta que la nuestra. Nosotras podemos vivir aquí trescientos años, pero cuando dejamos de existir nos convertimos en espuma sobre el agua y no tenemos tumba a donde puedan ir a llorar los que nos aman. No tenemos almas inmortales; por eso no gozamos de una segunda vida. Somos semejantes a las algas que, cortadas, no vuelven a crecer jamás. Pero los hombres, al contrario, tienen un alma inmortal que vive eternamente, y cuando el cuerpo se ha convertido en polvo ella asciende a través de los aires hasta los astros resplandecientes. De la misma manera que nosotras ascendemos hasta la superficie de las aguas para contemplar las hermosas comarcas de la tierra, el alma de los hombres vuela a desconocidos y hermosos parajes que nosotras no podemos contemplar.

—¿Por qué no tenemos nosotras un alma inmortal? —preguntó tristemente la pequeña sirena—. Gustosamente daría mis trescientos años de vida para convertirme en un ser humano durante un día y, después, gozar de mi parte en el reino celestial.

—No hay que pensar en estas cosas —replicó la anciana—. Por otra parte, nosotras somos mucho más felices que los humanos.

—Así, pues, tendré que morir y convertirme en espuma sobre el mar, y jamás volveré a oír la música de las olas, nunca más volveré a ver las bellas flores ni el rojo sol.

—No —contestó la abuela—, a menos que un hombre llegue a amarte de tal manera que seas para él más que padre y madre, y te entregue todos sus pensamientos y todo su amor y ante un sacerdote enlace su mano con la tuya y prometa serte fiel en esta vida y en la otra. Entonces su alma entrará a formar parte de tu cuerpo y tendrás un poco de la felicidad de que gozan



los humanos. Pero eso es imposible; lo que aquí consideramos más hermoso, o sea nuestra cola de pez, en la tierra les parece feo. Para ser hermosa entre ellos hay que tener esas dos burdas extremidades que llaman piernas.

La pequeña sirena contempló tristemente su cola y suspiró.

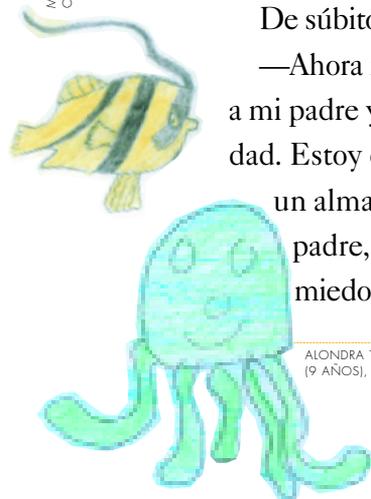
—Seamos felices —dijo la abuela—. Bailemos y saltemos durante nuestros tres siglos de vida. Ciertamente, no son muchos años, pero cuando todo haya terminado podremos descansar tranquilamente en nuestras tumbas. ¡Ah! Esta noche hay un gran baile en palacio.

Nunca en la tierra se ha visto una fiesta más espléndida que aquella. Los muros y el techo del gran salón de baile eran de grueso y transparente cristal. Centenares de enormes conchas de colores verde rosado se alineaban a ambos lados, sosteniendo llamas azules que iluminaban toda la estancia y cuya luz, atravesando los muros, se extendía por el mar. Podían verse innumerables peces, grandes y pequeños, nadando hacia los muros de cristal. Algunos tenían escamas de reluciente púrpura, mientras que en otros parecían de plata y oro. Por el centro del salón pasaba una ancha corriente sobre la cual los tritones y sirenas bailaban al dulce son de sus propios cantos. No hay en la tierra voces que suenen tan hermosamente como aquellas. La pequeña sirena cantó más dulcemente que todos y la corte entera la aplaudió. Por un instante se sintió el corazón lleno de alegría, porque comprendió que ninguna voz del mar ni de la tierra podía compararse con la suya; pero pronto volvió a pensar en el mundo de arriba: no podía olvidar al príncipe y recordó con dolor que no poseía un alma inmortal. Abandonó, pues, el palacio de su padre y fue a ocultar su pena en su pequeño jardín, mientras adentro todo era bullicio y alegría.

De súbito, oyó el sonido de un cuerno a través del agua, y pensó:

—Ahora navega por encima de mí, arriba, aquel a quien quiero más que a mi padre y a mi madre, aquel a cuyas manos confiaría mi vida y mi felicidad. Estoy dispuesta a correr todos los riesgos para conquistarlo y obtener un alma inmortal. Mientras mis hermanas danzan en el palacio de mi padre, iré a ver a la bruja del mar, que me ha inspirado siempre tanto miedo. Tal vez ella pueda darme consejo y ayuda.

ALONDRA TOLEDO PORCAYO
(9 AÑOS), AMACUZAC, MORELOS





JOSÉ MEDRANO ALQUICIRA (10 AÑOS), CHINAMECA, MORELOS

Entonces, la pequeña sirena abandonó el jardín y se dirigió hacia los rugientes remolinos donde vivía la bruja. Nunca había hecho aquel camino. Por allí no crecían flores ni algas; sólo una arena cenicienta se extendía hacia los remolinos, que giraban como las furiosas ruedas de un molino y destrozaaban todo lo que caía en aquellas profundidades. Tuvo que pasar a través de aquel espantoso vórtice para llegar a los dominios de la bruja; y durante un largo rato anduvo por un sendero de tibio y borboteante lodo que la bruja llamaba su “marjal de turba”, detrás del cual se encontraba su casa en un extraño bosque. Los árboles y los arbustos eran pólipos, mitad animales y mitad plantas, que parecían serpientes de centenares de cabezas que surgiesen del suelo. Las ramas eran largos y viscosos brazos a cuyos extremos los dedos se retorcían como gusanos desde la base hasta la punta. Todo lo que cogían en el agua quedaba apresado en sus tentáculos y no lo soltaban. La princesa se detuvo asustada delante de aquellos monstruos; su corazón latía desordenadamente, lleno de terror. Estuvo a punto de huir, pero se acordó del príncipe y del alma inmortal de los hombres, y cobró valor. Anudó su deshecha cabellera alrededor de la cabeza, por miedo a que la cogie-



ran por los cabellos, cruzó sus manos sobre el pecho y se abalanzó rauda como un pez entre los repugnantes pólipos que tendían hacia ella sus brazos y tentáculos. Advirtió que cada uno de ellos había cogido algo y lo sujetaba fuertemente con cien brazos semejantes a tenazas de hierro. Entre los brazos de algunos de aquellos pólipos vio blancos huesos de náufragos, en otros había timones y cofres, esqueletos de animales terrestres y, lo más horrible de todo, una pequeña sirena que uno de aquellos monstruos había cogido y estrangulado.

A poco llegó a un sitio pantanoso del bosque, donde silbaban enormes serpientes de feos cuerpos blanquecinos. En medio de ese calvero se levantaba una casa construida con esqueletos de náufragos. Ante ella se hallaba sentada la bruja dando de comer a un sapo con la boca, como los hombres suelen hacer con los canarios. La bruja llamaba polluelos a sus repugnantes serpientes de agua y les permitía que se pasearan por todo su cuerpo.

—Ya sé qué deseas —dijo la bruja del mar—. Es una estupidez, pero se cumplirá tu voluntad, porque te llevará a la desgracia, mi gentil princesa. Deseas perder tu cola de pez y sustituirla por dos piernas como las que tienen los seres humanos para andar. Así el joven príncipe podrá enamorarse de ti y tú podrás conquistarlo y obtener un alma inmortal.

Dicho esto la bruja lanzó una carcajada tan estrepitosa que el sapo y las serpientes se cayeron al suelo.

—Has llegado a tiempo —prosiguió diciendo la bruja—, pues a partir de mañana al amanecer ya no me hubiera sido posible ayudarte en todo un año. Te voy a preparar un brebaje y, antes de que el sol se levante, subes a la superficie y, sentada en la playa, te lo bebes. Entonces tu cola se partirá en dos y se convertirá en lo que los seres humanos llaman piernas; pero eso te dolerá tanto como si una espada de agudo filo te rajase por la mitad. Todos los que te vean dirán que no hay en el mundo muchacha más hermosa que tú. Conservarás la gracia de tu andar y ninguna bailarina podrá competir contigo en agilidad y ligereza; pero a cada paso te parecerá que pisas un cuchillo y que tus pies sangran. Si estás dispuesta a soportar esos dolores, estoy a tu servicio para ayudarte.



—¡Sí! —exclamó la pequeña sirena con voz temblorosa. Y pensó en el príncipe y en conquistar un alma inmortal.

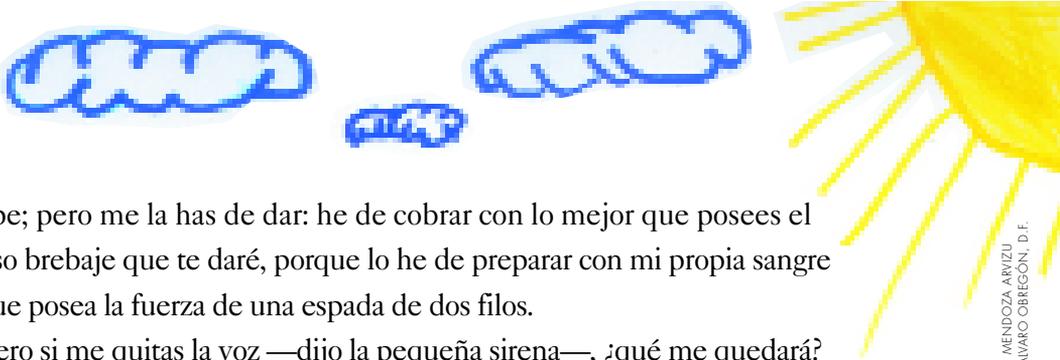
—Pero recuerda —prosiguió la bruja— que, una vez hayas cobrado figura humana, jamás podrás volver a convertirte en sirena ni regresar al fondo del mar al lado de tus hermanas o al palacio de tu padre. Y si no conquistas el amor del príncipe de manera que llegue a olvidar a sus padres y se una a ti en cuerpo y alma y te lleve ante el sacerdote para que enlace vuestras manos como marido y mujer, no obtendrás un alma inmortal. Al día siguiente de haberse casado él con otra, se te romperá el corazón y te verás convertida en espuma de mar.

—Lo haré —dijo la sirenita, pálida como una muerta.

—Pero es menester que me pagues por mis servicios —dijo la bruja—, y no es una futesa lo que te pido. Tienes la voz más bella de todas las que se oyen en el fondo del mar y, seguramente, crees poder fascinar con ella al

ALONDRA TOLEDO PORCAYO (9 AÑOS), AMACUZAC, MORELOS





príncipe; pero me la has de dar: he de cobrar con lo mejor que posees el precioso brebaje que te daré, porque lo he de preparar con mi propia sangre para que posea la fuerza de una espada de dos filos.

—Pero si me quitas la voz —dijo la pequeña sirena—, ¿qué me quedará?

—Tu bella figura —contestó la bruja—, la gracia de tu andar y tus elocuentes ojos. Con ellos puedes conquistar el corazón de un hombre. Bien... Ahora, saca la lengua para que pueda cortártela en pago de mi portentoso brebaje.

—Sea —dijo la sirenita.

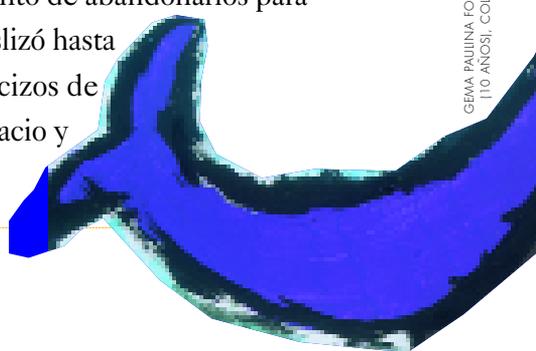
Y la bruja puso al fuego el caldero para preparar el brebaje.

—Nada hay como la limpieza —dijo la bruja fregando el caldero con un manojo de culebras. Después se arañó el pecho e hizo que su negruzca sangre cayera dentro del caldero. Se levantó un vapor espeso que cobró las más fantásticas y a la par horribles figuras que hubieran espantado a cualquiera. La bruja iba echando nuevos ingredientes al caldero, que hervía con unos ruidos que parecían el llanto de un cocodrilo. Finalmente, el brebaje estuvo a punto. Tenía una transparencia de agua pura.

—Aquí lo tienes —dijo la bruja, y cortó la lengua de la pequeña sirena, que desde aquel momento ya no pudo cantar ni hablar—. Si al atravesar de nuevo mi bosque, los pólipos quieren cogerte, les echas una gota de este líquido y sus brazos y sus dedos saltarán en mil pedazos.

Pero la pequeña sirena no tuvo necesidad de hacer aquello, porque los pólipos se apartaron horrorizados a la vista del líquido, que brillaba entre sus manos como si fuese una estrella resplandeciente. Así, ella pudo atravesar la selva, la ciénaga y la remolineante vorágine.

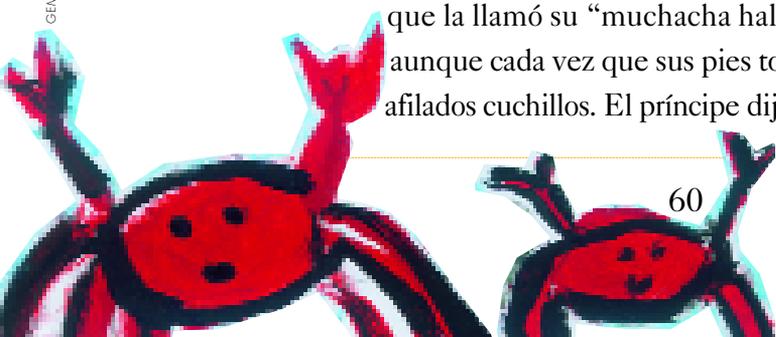
Vio el palacio de su padre. Todas las luces estaban apagadas en la gran sala de baile y toda la casa parecía dormir; pero no quiso entrar en ella, porque había perdido la voz, era muda, y estaba a punto de abandonarlos para siempre. La pena le desgarraba el corazón. Se deslizó hasta el jardín, arrancó una flor de cada uno de los macizos de sus hermanas, envió mil besos con la mano al palacio y luego subió a través de la sombría agua azul.



El sol aún no había salido cuando divisó el palacio del príncipe y a poco arribó junto a los bellos escalones de mármol. La luna resplandecía. La sirenita se bebió el ardiente brebaje y sintió hundirse dentro de su tierno cuerpo una espada de dos filos. Cayó desmayada y quedó como muerta. Cuando el sol apareció por encima del mar, se despertó y sintió un agudísimo dolor; pero ante ella se hallaba el hermoso príncipe, que la miraba fijamente con sus negros ojos. La sirenita bajó los suyos y advirtió que ya no tenía cola de pez: en cambio, poseía las piernas más bonitas que una muchacha pueda desear. Pero como se hallaba desnuda, apresuróse a taparse con su larga y espesa cabellera. El príncipe le preguntó cómo había llegado hasta allí, ella le dirigió una mirada inmensamente dulce y llena de tristeza, porque no podía hablar. El príncipe la cogió de la mano y la llevó al palacio. A cada paso que la sirenita daba, tal como la bruja le advirtió, le parecía hollar clavos y cuchillos, pero soportaba el dolor con alegría: conducida por el príncipe andaba con la ingravidez de una pompa de jabón. Tanto el príncipe como todos los demás se maravillaban de su gracioso y escurridizo andar.

Vestida de seda y muselina, fue la primera belleza del palacio; pero era muda y no podía cantar ni hablar. Bellas esclavas vestidas de seda y oro se presentaron a cantar ante el príncipe y los reyes sus padres. Una de ellas cantó mejor que las otras, y el príncipe la aplaudió, sonriendo. Esto entristeció sobremanera a la pequeña sirena, porque sabía que antes ella solía cantar mucho mejor que aquéllas. Y pensó: “¡Oh! Si al menos él supiera que para estar a su lado he sacrificado mi voz para siempre!”

Poco después, las esclavas bailaron al son de una música deliciosa, gráciles y ligeras, y entonces la pequeña sirena levantó sus hermosos brazos, se puso de puntillas, se deslizó por el suelo y empezó a bailar como nadie lo había hecho. Cada movimiento acrecentaba su gracia y hermosura, y sus ojos hablaban al corazón con más elocuencia que las canciones de las esclavas. Todos estaban encantados con la sirenita, especialmente el príncipe, que la llamó su “muchacha hallada.” Y ella seguía bailando, aunque cada vez que sus pies tocaban el suelo le parecía pisar afilados cuchillos. El príncipe dijo que quería tener a la sirenita



siempre a su lado y la dejó dormir ante su puerta, acostada en un almohadón de terciopelo.

El príncipe dispuso que la sirenita llevase un vestido de paje para que pudiera acompañarlo en sus paseos a caballo. Solían trotar por los perfumados bosques, donde los árboles rozaban sus espaldas con sus verdes ramas y lindos pajaritos gorjeaban entre las tiernas hojas. Ella subió con el príncipe a las más altas montañas, y aunque sus pies sangraban hasta el extremo de que los otros podían verlo, la pequeña sirena lo seguía riendo hasta que las nubes se deslizaban a sus pies como bandadas de aves migratorias.

De regreso al palacio del príncipe, por la noche, mientras todos dormían, la pequeña sirena bajaba hasta la amplia escalinata de mármol y se refrescaba sus pies ardorosos en el agua del mar y no podía menos de pensar en la familia que había dejado en las profundidades marinas.

Una noche sus hermanas subieron nadando, cogidas del brazo. Cantaban con tan tristes acentos, que les hizo señas y ellas la reconocieron y le explicaron la pena que les causaba su ausencia. Desde entonces, fueron a verla cada noche, y una vez vio a lo lejos a su abuela, que hacía muchísimos años que no había subido hasta la superficie, y al Rey del Mar, con la corona en la cabeza. Ambos le tendían los brazos, pero no se atrevían a acercarse a la tierra, como sus hermanas.

El príncipe la amaba cada día más, como se ama a una muchacha bondadosa y dulce, pero nunca le pasó por las mientes convertirla en su esposa. Sin embargo, era preciso que se convirtiese en su mujer, pues de lo contrario no gozaría de un alma inmortal y, al día siguiente de la boda del príncipe, se convertiría en espuma de mar.

—¿No me amas más que a las otras? —parecían decir los ojos de la pequeña sirena cuando él la tomaba entre sus brazos y la besaba en la frente.

—Sí, eres la más amada —dijo el príncipe—, porque eres más bondadosa que las otras, me quieres mucho y te pareces a



una doncella que vi un día y no he vuelto a ver más. Me encontraba a bordo de una nave que naufragó y las olas me llevaron hasta la orilla, cerca de un templo atendido por varias doncellas. La más joven de ellas me encontró en la arena y me salvó la vida. Solamente la vi dos veces, pero es la única muchacha del mundo a quien yo podría amar. Tú eres semejante a ella y, al verte, advierto que se desvanece su imagen de mí corazón. Ella debe pertenecer al sagrado templo, pero por fortuna has llegado hasta aquí y jamás nos separaremos.

“¡Ay! Ignora que fui yo quien le salvó la vida —pensó la sirena—. Yo lo conduje entre las olas hasta el bosque donde se levanta el templo y, oculta entre la espuma, espíe si alguien se acercaba a él. Mis ojos vieron a la hermosa doncella a quien ama más que a mí. —La sirena lanzó un hondo suspiro, porque no podía llorar, y prosiguió pensando—: Dice que la muchacha pertenece al sagrado templo, que jamás podrá encontrarla en el mundo y que nunca volverán a encontrarse; pero yo estoy aquí con él y lo veo cada día. Sí, yo lo serviré, lo amaré, le entregaré mi vida”.

Pero he aquí que no tardó en circular el rumor de que el príncipe iba a casarse con la hermosa hija de un rey vecino y que por este motivo aparejaba un magnífico navío. Decíase que, acompañado por un gran séquito, el príncipe saldría de viaje para visitar algunos países vecinos, pero en realidad para ver a la hija del rey. La pequeña sirena movió la cabeza sonriendo, porque conocía mejor que nadie las intenciones del príncipe.

—He de efectuar este viaje —le había dicho él—; he de visitar a esa hermosa princesa, porque mis padres así lo exigen. Pero no me obligarán a traerla a casa como novia mía. No podría amarla, porque no se parecerá a la

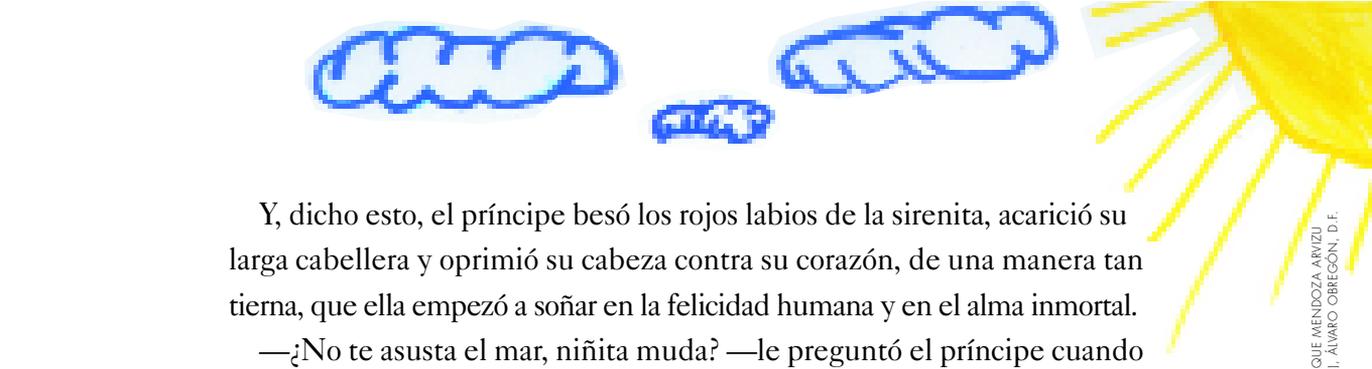
hermosa doncella del templo a la cual tú te asemejas. El día que haya de escoger esposa, tú serás la preferida, ¡oh mi muda muchacha hallada!



ANA BEÉN, BUENO TINOCO
10 AÑOS, BIBLIOTECA
AMADO NERVO, SEP. D. F.



MARÍA AKETZAH ORTIZ RUIZ
10 AÑOS, BIBLIOTECA
AMADO NERVO, SEP. D. F.



Y, dicho esto, el príncipe besó los rojos labios de la sirenita, acarició su larga cabellera y oprimió su cabeza contra su corazón, de una manera tan tierna, que ella empezó a soñar en la felicidad humana y en el alma inmortal.

—¿No te asusta el mar, niñita muda? —le preguntó el príncipe cuando estuvieron a bordo del magnífico navío que había de llevarlo al país del rey vecino. Y le habló de la tempestad y de la calma, de los extraños peces que viven en los abismos y de las cosas sorprendentes que los buzos habían visto. Ella sonreía oyéndolo hablar, porque de las cosas del fondo del mar sabía más que nadie.

Por la noche, a la luz de la luna y cuando todo el mundo dormía en el barco, a excepción del timonel, la pequeña sirenita se sentó en la borda y le pareció ver el palacio de su padre y a la abuela con la corona de plata, que miraba hacia arriba, siguiendo la estela que abría la quilla. Luego subieron sus hermanas, que la miraron con pena y abriéndole los brazos. Ella les hizo señales, sonriendo, y estaba a punto de decirles que estaba bien y se sentía feliz, cuando se acercó un marinero y las hermanas se sumergieron hacia el fondo, dejándolo en la duda de si aquellas cosas blancas no serían algo más que espuma.

Al día siguiente, el navío llegó al puerto de la magnífica ciudad del rey vecino. Fueron echadas al vuelo todas las campanas de la iglesia y en las altas torres sonaron vibrantes trompetas, mientras los soldados formaban vestidos de gala y con la bayoneta calada. Se celebraban fiestas cada día; bailes y reuniones se sucedían sin cesar; pero la princesa aún no había llegado.

Todo el mundo sabía que se estaba educando para la realeza en un lejano templo sagrado. Por fin, llegó. La pequeña sirena ansiaba verla, y tuvo que confesarse que sus ojos jamás habían contemplado una criatura más gentil. Tenía una piel blanca y suave, y, bajo sus largas pestañas, brillaban sus nobles ojos, de un azul profundo.



—¡Tú eres la que me salvó cuando estaba medio muerto en la playa! —dijo el príncipe.

Y estrechó entre sus brazos a su ruborizada novia.

—¡Oh, qué feliz soy! —prosiguió el príncipe, dirigiéndose a la sirena—. Mi más ardiente anhelo, que jamás me hubiera atrevido a esperar, acaba de realizarse. Tú, que me amas más que nadie, has de regocijarte de mi felicidad.

Entonces, la pequeña sirena besó las manos del príncipe y sintió que su pecho se le rompía. La boda del príncipe traería consigo su muerte y su cuerpo se convertiría en espuma.

Todas las campanas de la iglesia sonaron y los heraldos corrían por las calles anunciando las nupcias. Encima de cada altar, en preciosas lámparas de plata quemaban aceites perfumados. Los sacerdotes hacían balancear los humeantes incensarios y los novios unieron sus manos para recibir la bendición del obispo. La sirenita, vestida de seda y oro, sostenía la cola de la novia, pero a sus oídos no llegaban las melodías de la fiesta y sus ojos no veían nada de la sagrada ceremonia, porque pensaba en su cercana muerte y en todo lo que había irremediablemente perdido.

Aquella misma tarde, los novios se embarcaron en medio del tronar de los cañones y el ondear de las banderas. En el puente del navío se levantaba una tienda de púrpura y oro, con magníficos cojines dentro, para que la pareja descansara en la noche tranquila y fría.

El viento hinchó las velas y el navío se deslizó suavemente, casi sin balancearse, sobre las tranquilas aguas. Al caer la noche, se encendieron muchas linternas multicolores y los marineros bailaron a bordo, llenos de alegría. La sirenita no pudo menos de recordar la primera noche que subió a flor de agua y contempló aquel mismo esplendor de fiesta y jolgorio. Y se mezcló en el remolino de la danza, semejante a la perseguida golondrina que se desliza por el aire. Todos los espectadores la aclamaron, porque nunca habían visto a nadie bailar tan divinamente. Afilados cuchillos se hincaban en sus delicados pies; pero ya no experimentaba dolor, porque era mucho más grande el de su corazón. Sabía que aquélla era la última noche que pasaba al lado del príncipe, por quien abandonó su casa y familia, perdió su hermosa voz y sufría cada día indecibles penas, de las que él no tenía la menor noticia. Era la última noche de respirar el aire que respiraba él; la última noche que vería el mar inmenso y el cielo estrellado, antes de que entrase en una noche eterna en la que no habría pensamientos ni sueños para ella, porque carecía de alma y no había podido conquistar ninguna.

La alegría y la algazara duraron hasta la madrugada, y la sirenita no cesaba de bailar y reír, aunque la idea de la muerte le abrumaba el corazón. El príncipe acariciaba a su hermosa novia y jugaba con sus cabellos, negros como el ala de un cuervo, y, cogidos del brazo, se retiraron a descansar en la suntuosa tienda.

El silencio reinó en el navío. Todos dormían menos el timonel y la sirenita, que se encontraba acodada en la borda, con la mirada fija en dirección a oriente, esperando que los primeros rayos de la aurora la matasen. De súbito, vio que sus hermanas emergían de las aguas, tan pálidas como ella misma y sin cabelleras que flotasen al viento, porque se las habían cortado.

—Se las hemos dado a la bruja, a fin de que nos ayudase para que no mueras esta noche. Nos ha entregado un cuchillo. Aquí está. ¡Mira qué afilado es! Antes de que salga el sol lo has de hundir en el corazón del príncipe, y cuando su sangre salpique tus pies volverán a adquirir su antigua forma de cola de pez. Cobrando de esta manera tu primitiva figura de sirena, te será



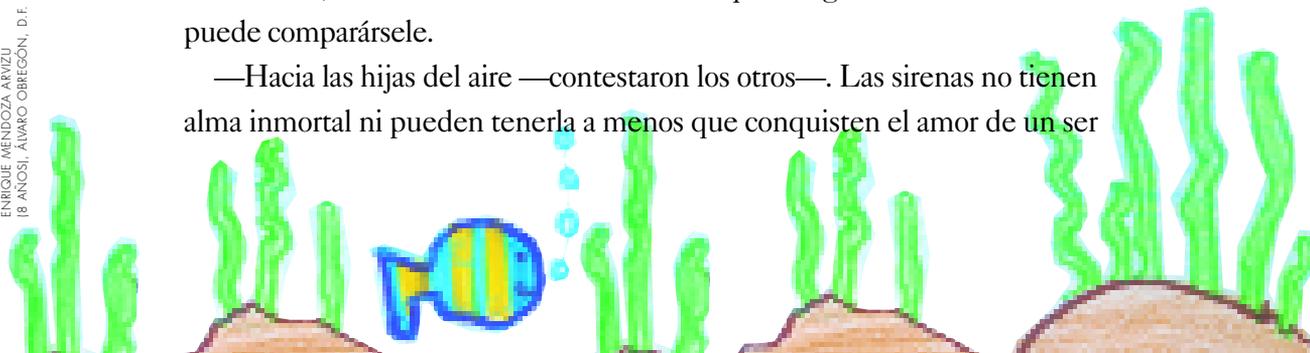
posible descender con nosotras al fondo del mar y vivir trescientos años antes de convertirte en muerta espuma marina. ¡Deprisa! O tú o él habéis de morir antes de que el sol aparezca. La abuela está tan apenada, que se le ha caído todo el pelo blanco, como cayó el nuestro bajo las tijeras de la bruja. ¡Mata al príncipe y regresa con nosotras! ¡Date prisa! ¡Mira aquella banda rojiza en el horizonte ¡Dentro de algunos momentos saldrá el sol y morirás!

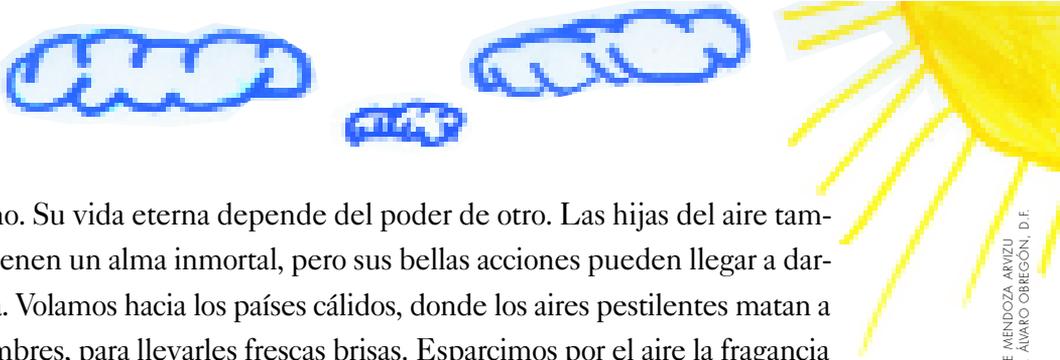
Dicho esto, las hermanas lanzaron un profundo suspiro y desaparecieron bajo las olas. La pequeña sirena apartó las cortinas de la tienda y vio a la hermosa novia dormida, con la cabeza descansando sobre el pecho del príncipe. Se acercó y lo besó en la frente; alzó luego la vista al cielo, donde se iba extendiendo la aurora, y después la bajó, para mirar el cuchillo y contemplar al príncipe, que en aquel momento pronunciaba en sueños el nombre de su novia. ¡Ah, sólo ella vivía en sus pensamientos! Por un instante, el cuchillo fulguró en la mano que lo empuñaba; pero, de pronto, lo arrojó a las olas, que se tiñeron de púrpura en el momento en que cayó, como si brotara de las aguas un chorro de sangre. Con ojos medio enturbiados por la muerte, la sirenita miró por última vez al príncipe y, de un salto, se lanzó al agua, donde sintió que el cuerpo se le disolvía en espuma.

Y he aquí que el sol salía del mar y con sus benéficos rayos entibió la fría espuma, de modo que la pequeña sirena no experimentó el trance de la muerte. Vio brillar el sol, y por encima de ella flotaban miles de seres etéreos, a través de los cuales podía ver las blancas velas del navío y las rojas nubes del cielo; y le llegaron sus voces melodiosas, pero eran tan fantásticas que ningún oído humano podía captar, de la misma manera que ninguna mirada humana podía ver cómo volaban por el aire, sin la ayuda de alas. La sirena advirtió que tenía un cuerpo como el de ellos y, lentamente, empezó a levantarse de la espuma.

—¿Hacia dónde voy? —preguntó. Y su voz sonó semejante a la de los seres etéreos, tan sobrenatural en su belleza que ninguna música terrestre puede comparársele.

—Hacia las hijas del aire —contestaron los otros—. Las sirenas no tienen alma inmortal ni pueden tenerla a menos que conquisten el amor de un ser





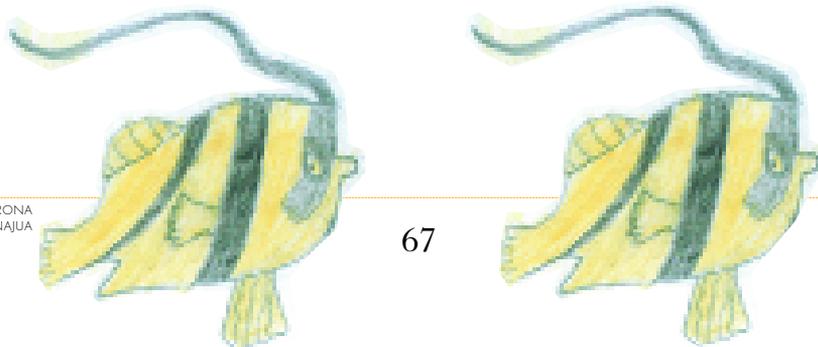
humano. Su vida eterna depende del poder de otro. Las hijas del aire tampoco tienen un alma inmortal, pero sus bellas acciones pueden llegar a darles una. Volamos hacia los países cálidos, donde los aires pestilentes matan a los hombres, para llevarles frescas brisas. Esparcimos por el aire la fragancia de las flores y damos frescor y salud. Cuando por espacio de trescientos años hemos trabajado haciendo todo el bien que podemos, adquirimos un alma inmortal y compartimos la felicidad eterna de los hombres. Tú, pobrecita sirena, has luchado con todas tus fuerzas para el mismo fin; has sufrido y penado; por tus buenas obras te has elevado hacia el mundo de los espíritus y puedes ganarte un alma inmortal al cabo de trescientos años.

La sirenita levantó sus ojos hacia el sol de Dios y por primera vez sintió sus ojos arrasados en lágrimas.

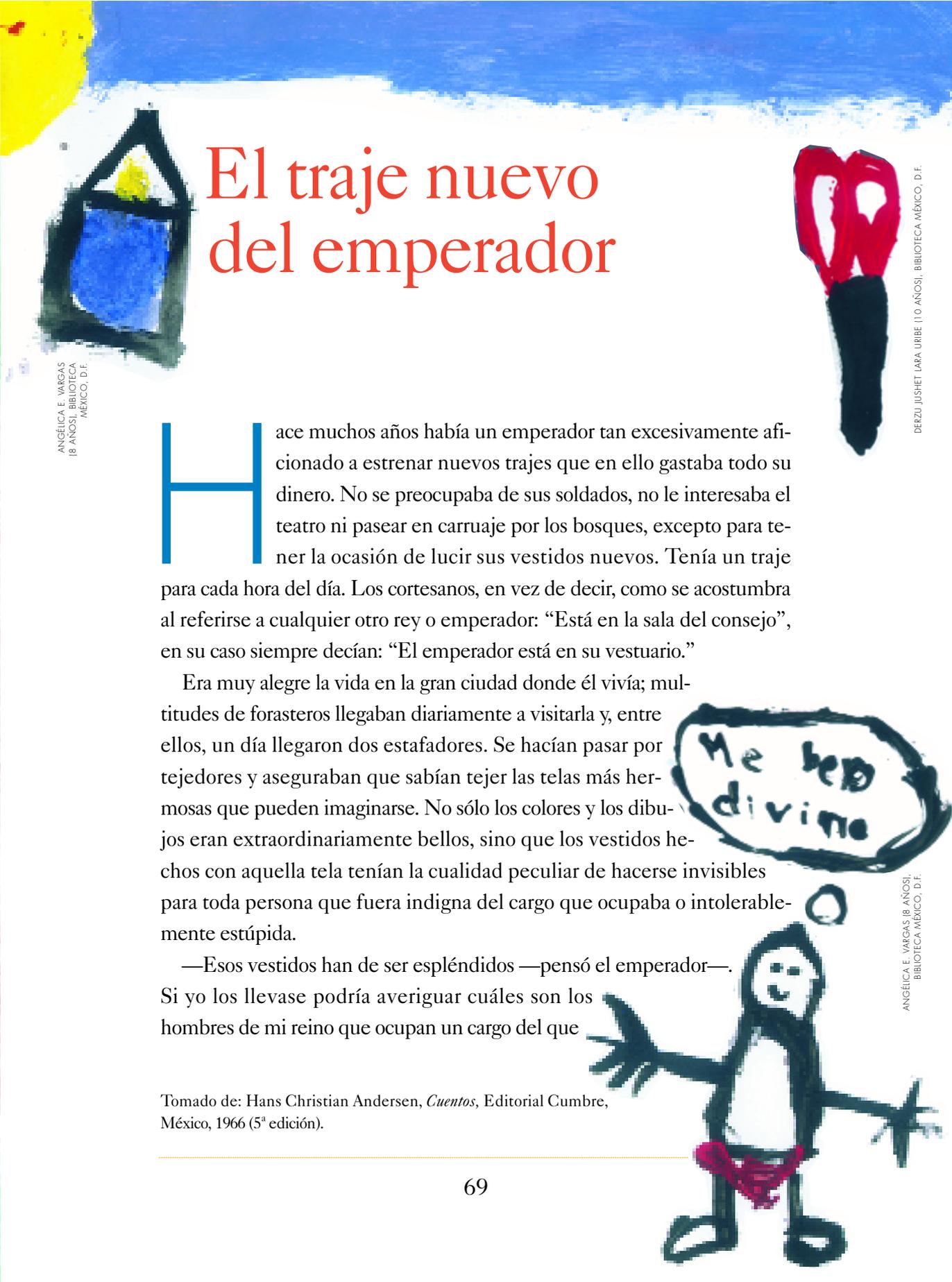
En el navío reinaba de nuevo gran animación. La sirenita vio al príncipe y a su hermosa novia que la buscaban mirando la brillante espuma, como si comprendieran que se había arrojado a las olas. Invisible, besó a la novia en la frente, sonrió al príncipe y se elevó en el aire con los demás espíritus hasta las rosadas nubes que flotaban por el cielo.

—¡Dentro de trescientos años volaremos así en el Paraíso!

—¡Acaso lleguemos antes! —murmuró una de ellas—. Invisibles, entramos volando dentro de las casas donde hay niños, y por cada día en que hallamos un niño bueno que da alegría a sus padres y merece que éstos lo amen, nuestro tiempo de prueba es acortado. El niño ignora que nosotras volamos por su estancia, y cuando podemos sonreír de placer ante la conducta del pequeño, se nos perdona uno de los trescientos años. Sin embargo, cuando hallamos niños díscolos o perversos, derramamos lágrimas de pena, y cada lágrima es un día añadido a nuestro tiempo de prueba. ■■■







El traje nuevo del emperador

ANGÉLICA E. VARGAS
18 AÑOS, BIBLIOTECA
MÉXICO, D.F.

DEZU JUSHET LARA URIBE 11 O AÑOS, BIBLIOTECA MÉXICO, D.F.

Hace muchos años había un emperador tan excesivamente aficionado a estrenar nuevos trajes que en ello gastaba todo su dinero. No se preocupaba de sus soldados, no le interesaba el teatro ni pasear en carruaje por los bosques, excepto para tener la ocasión de lucir sus vestidos nuevos. Tenía un traje para cada hora del día. Los cortesanos, en vez de decir, como se acostumbra al referirse a cualquier otro rey o emperador: “Está en la sala del consejo”, en su caso siempre decían: “El emperador está en su vestuario.”

Era muy alegre la vida en la gran ciudad donde él vivía; multitudes de forasteros llegaban diariamente a visitarla y, entre ellos, un día llegaron dos estafadores. Se hacían pasar por tejedores y aseguraban que sabían tejer las telas más hermosas que pueden imaginarse. No sólo los colores y los dibujos eran extraordinariamente bellos, sino que los vestidos hechos con aquella tela tenían la cualidad peculiar de hacerse invisibles para toda persona que fuera indigna del cargo que ocupaba o intolerablemente estúpida.

—Esos vestidos han de ser espléndidos —pensó el emperador—. Si yo los llevase podría averiguar cuáles son los hombres de mi reino que ocupan un cargo del que

Me hep divino

ANGÉLICA E. VARGAS 18 AÑOS,
BIBLIOTECA MÉXICO, D.F.

Tomado de: Hans Christian Andersen, *Cuentos*, Editorial Cumbre, México, 1966 (5ª edición).

son indignos. Distinguiría los hombres sabios de los tontos. Sí, ciertamente debo mandar tejerme tela de ésa.

El emperador pagó a los dos estafadores un montón de dinero por anticipado con el fin de que pudieran ponerse a trabajar en seguida.

Los estafadores montaron dos telares y fingieron tejer, pero no tenían nada en las lanzaderas. Para empezar, pidieron una gran cantidad de la seda más fina e hilo del oro más puro y lo metieron todo en sus alforjas, pero trabajaban en los telares vacíos hasta altas horas de la noche.

—Me gustaría saber cómo está el trabajo de esos tejedores —se dijo el emperador.

Pero se sintió un poco inquieto al reflexionar que todo aquel que fuera estúpido e indigno de su cargo no podría ver la tela. Indudablemente, creía que no debía abrigar temores por sí mismo, pero de todos modos juzgó mejor enviar primero a alguien para que viese cómo estaba el trabajo. En la ciudad todo el mundo conocía el poder maravilloso de la tela y todos estaban deseosos de ver lo estúpido que era su vecino.

SARA C. SÁNCHEZ R. (11 AÑOS), BIBLIOTECA DE MÉXICO, D.F.





DERZU JUSHET LARA URIBE (10 AÑOS), BIBLIOTECA MÉXICO, D.F.



ALEJANDRA MIGUEL DE LA TORRE (12 AÑOS), BIBLIOTECA MÉXICO, D.F.

—Enviaré a mi viejo y fiel ministro a los tejedores —pensó el emperador—. Será el más capaz de juzgar el aspecto de la tela, pues es un hombre inteligente y nadie cumple sus deberes mejor que él.

Por consiguiente, el bueno del anciano ministro entró en la estancia donde los dos tejedores trabajaban con el telar vacío.

—¡Dios nos asista! —exclamó para sus adentros el viejo ministro, abriendo mucho los ojos—. ¡Cómo! ¡Si no puedo ver nada!

Pero tuvo buen cuidado de no decirlo.

Los dos estafadores le suplicaron que se acercara un poco más y le preguntaron si no le parecía un buen dibujo y un hermoso colorido.

Mostraban el telar vacío. El pobre anciano ministro miraba desesperadamente, pero no podía ver nada, porque, naturalmente, no había nada que ver.

—¡Cielo santo! —pensaba—. ¿Es posible que yo sea un tonto? Nunca he creído serlo. No he de dejar que nadie lo sepa. ¿Soy indigno de mi cargo? Nunca confesaré que no puedo ver la tela.

—Bueno, señor, no dice usted nada de la tela —dijo el que estaba fingiendo tejer.

—¡Oh! Es muy hermosa..., del todo encantadora —dijo el ministro, mirando a través de sus anteojos—. ¡Qué dibujo y qué colores! Diré al emperador, ciertamente, que la tela me gusta mucho.



—Nos llena de satisfacción oír decirle esto —dijo uno de los estafadores.

Luego nombraron todos los colores y describieron el dibujo. El viejo ministro prestaba gran atención a lo que decían, a fin de poder repetirlo cuando se presentara ante el emperador.

Después de aquello, los tejedores siguieron pidiendo más dinero, más seda y más oro para poder continuar el tejido. Pero todo se lo metían en sus bolsas. Ni una hebra pusieron nunca en el telar, sino que prosiguieron como antes, tejiendo con el telar vacío.

Pronto el emperador envió a otro fiel funcionario a ver cómo estaba la tela y saber si estaría terminada a no tardar. A ése le sucedió lo mismo que al ministro. Miraba y miraba, pero como no había más que el telar vacío, no podía ver nada.

—¿No es un tejido hermosísimo? —dijeron los estafadores, señalando y explicando los bellos colores y dibujo que no existían.

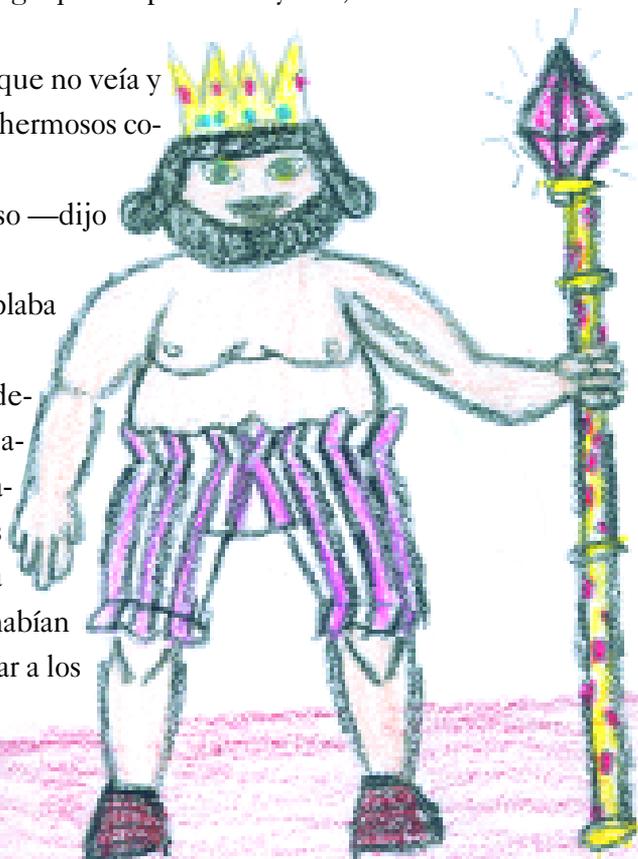
—Sé que no soy un estúpido —pensaba el hombre—; por lo tanto, será que soy indigno del importante cargo que ocupo. Es muy raro, sin embargo. Pero no debo dejarlo traslucir.

Por consiguiente, elogió la tela que no veía y le aseguró que le encantaban los hermosos colores, y la originalidad del dibujo.

—Es absolutamente maravilloso —dijo al emperador.

Todo el mundo en la ciudad hablaba de aquella espléndida tela.

Entonces el emperador sintió deseos de verla, mientras estaba todavía en el telar. Así, pues, acompañado de un séquito de distinguidos cortesanos, entre los cuales había los dos fieles funcionarios que ya habían visto la tela imaginaria, fue a visitar a los





SABRINA TORRES TORTOLERO (9 AÑOS), SALAMANCA, GUANAJUATO

hábiles impostores, que estaban trabajando como siempre esforzadamente en el telar vacío.

—¡Es magnífica! —dijeron los dos honrados funcionarios—. ¡Sólo mire, Su Majestad, qué dibujo! ¡Qué colores!

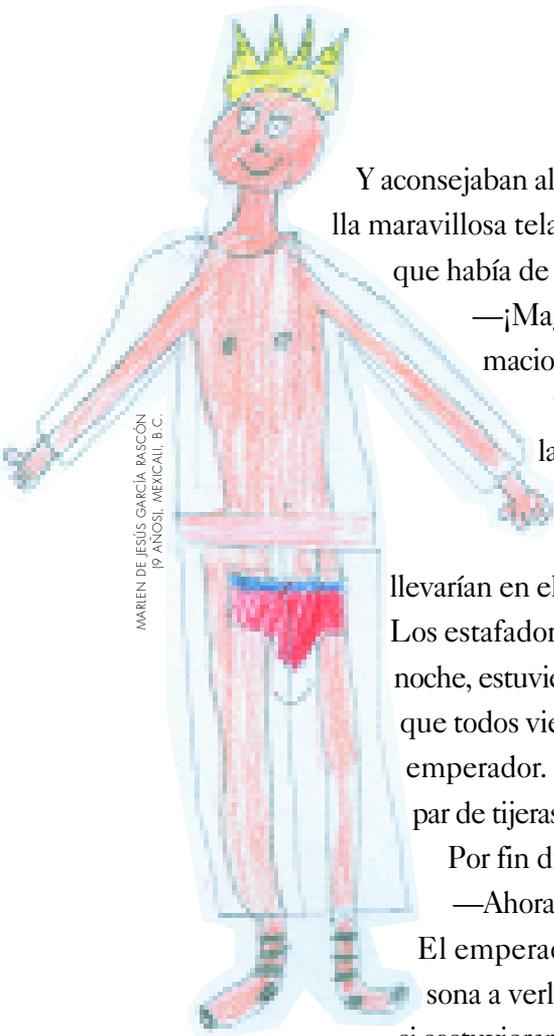
Y señalaban al telar vacío, pues ambos creían que indudablemente las demás personas podían ver la tela.

—¿Qué es eso? —dijose el emperador—. No veo nada absolutamente. ¡Esto es terrible! ¿Soy un tonto? ¿No soy digno de ser emperador? ¡Oh! ¡No podía sucederme nada peor!

—¡Oh! ¡Es muy hermosa! —dijo en voz alta el emperador—. Le doy mi más alta aprobación.

Todos los del séquito miraban y miraban, pero nadie veía nada. Sin embargo, todos exclamaban con Su Majestad:

—¡Es muy hermosa!



MARIEN DE JESÚS GARCÍA RASCÓN
19 AÑOS, MEXICALI, B.C.

Y aconsejaban al emperador que llevara un traje hecho con aquella maravillosa tela en la ocasión próxima de la solemne procesión que había de celebrarse.

—¡Magnífica! ¡Suntuosa! ¡Estupenda! —eran las exclamaciones que pasaban de boca en boca.

Todos se mostraban igualmente encantados ante la tela.

El emperador otorgó a cada uno de los dos bribones una orden de caballería, cuya insignia llevarían en el ojal, y el título de “Caballero tejedor”.

Los estafadores, en la víspera de la procesión, durante toda la noche, estuvieron velando, con dieciséis bujías encendidas, para que todos viesen el interés que tenían en terminar el traje del emperador. Fingieron sacar la tela del telar. Con un enorme par de tijeras cortaron al aire y cosieron con agujas sin hilo.

Por fin dijeron:

—Ahora ya está listo el traje nuevo del emperador.

El emperador, con sus más nobles cortesanos, fue en persona a verlo. Ambos estafadores levantaron un brazo, como si sostuvieran algo. Dijeron:

—Mirad, esto son los calzones. Aquí está la casaca. Este es el manto. —Y así por el estilo—. Es tan ligero como una telaraña. Uno diría que no lleva nada encima, pero en esto consiste precisamente su belleza.

—Sí —decían todos los cortesanos.

Pero no podían ver nada, porque no había nada que ver.

—¿Querrá dignarse graciosamente Su Majestad Imperial quitarse la ropa que lleva? —dijeron los impostores—. Entonces le podremos poner el traje nuevo, aquí, ante el gran espejo.

El emperador se quitó toda la ropa y los impostores fingieron darle una prenda tras otra del traje nuevo que habían fingido confeccionar. Fingieron luego ceñirle la cintura con algo y sujetar algo: era el manto que formaba la cola. El emperador daba vueltas y más vueltas ante el espejo.



MARIEN DE JESÚS GARCÍA
RASCÓN 19 AÑOS,
MEXICALI, B.C.



PABLO DAVID OVALLE MURILLO (7 AÑOS), CAMPECHE, CAMPECHE

—¡Qué bien le quedan a Su Majestad las nuevas prendas! ¡Le caen perfectamente! —exclamaban todos los que lo rodeaban—. ¡Qué dibujo y qué colores! Es un traje magnífico.

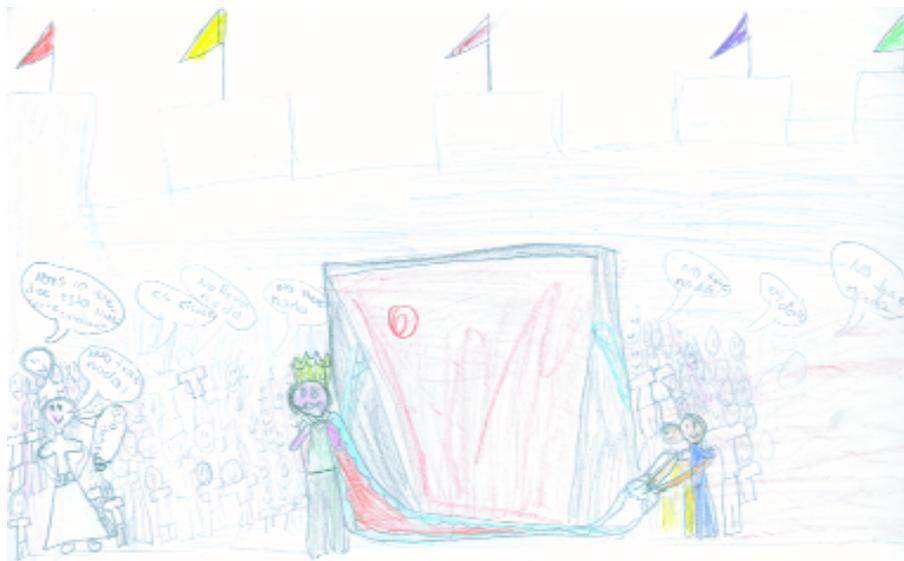
—Afuera espera el palio que ha de llevarse sobre la cabeza de Su Majestad en la procesión —dijo el maestro de ceremonias.

—Bien, ya estoy dispuesto —dijo el emperador—. ¿Verdad que me queda bien el traje?

Dio otra vuelta ante el espejo, para que pareciera que estaba contemplando sus espléndidas ropas.

NARDA PAOLA AYALA VILLARREAL (10 AÑOS), PIEDRAS NEGRAS, COAHUILA





MARÍA DE LOS ÁNGELES ADRIANO GUTIÉRREZ (10 AÑOS), RAMOS ARÍZPE, COAHUILA

Los chambelanes que debían llevar la cola se inclinaron, fingieron levantarla del suelo con ambas manos y marcharon con las manos al aire. No se atrevían a dejar adivinar que no podían ver nada.

Entonces el emperador, bajo el suntuoso palio, marchó en la procesión; toda la gente que había en las calles y que se asomaba a las ventanas, exclamaba:

—¡Qué hermoso es el traje nuevo del emperador! ¡Qué manto tan espléndido! ¡Y le cae a la perfección!

Nadie quería dejar traslucir que no podía ver nada, pues en este caso se haría evidente que eran indignos del lugar que ocupaban o que eran estúpidos.

ADRIANA KARINA ROMO DURÁN (10 AÑOS), MEXICALI, B.C.



Ningún traje del emperador había tenido tanto éxito como aquél.

—Pero ¡si no lleva nada encima! —dijo un niño.

—¡Oh! ¡Oigan al inocente! —dijo el padre del niño. Y unos a otros fueron susurrándose lo que el niño había dicho.

—No lleva nada encima...¡Un niño dice que no lleva nada encima!

—Pero ¡si no lleva nada encima! —exclamó por fin toda la gente.

El emperador se contorsionó, pues sabía que aquello era verdad. Pero pensó:

—La procesión no puede interrumpirse. Se puso más tieso que nunca y los chambelanes siguieron sosteniendo la cola invisible. ■■■

DANIEL FERNÁNDEZ NOIASCO (11 AÑOS), LA PAZ, B.C.S.





El valiente soldadito de plomo



GONZALO TORRES TORTOLERO
15 AÑOS, SALAMANCA, GUANAJUATO

Había una vez veinticinco soldaditos de plomo, todos hermanos, pues habían salido de la misma vieja cuchara de plomo. Cada uno de los soldados llevaba un fusil al hombro, miraba al frente y lucía el uniforme rojo y azul más elegante que puede imaginarse. La primera cosa que oyeron en su mundo nuevo, cuando se levantó la tapa de la caja, fue un niño batiendo palmas y gritando:

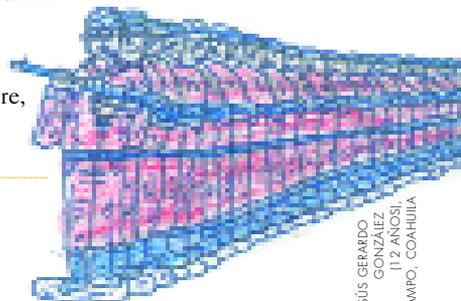
—¡Soldados! ¡Soldados!

Era el día de su cumpleaños y acababan de regalárselos. Lleno de gozo, se apresuró a colocarlos en fila sobre la mesa. Todos los soldados eran exactamente iguales menos uno, que difería del resto porque sólo tenía una pierna. Esto era debido a que fue fundido el último y no quedaba suficiente plomo para hacerlo entero. Sin embargo, se mantenía de pie sobre una sola pierna tan bien como los demás sobre las dos. La verdad es que éste fue el único que se hizo famoso. Sobre la mesa donde estaban alineados había muchos otros juguetes, pero la cosa que principalmente atraía las miradas era un bonito castillo de papel. A través de las dimi-



JESÚS GERARDO GONZÁLEZ
112 AÑOS, OCAMPO, COAHUILA

Tomado de: Hans Christian Andersen, *Cuentos*, Editorial Cumbre, México, 1966 (5ª edición).



JESÚS GERARDO
GONZÁLEZ
112 AÑOS,
OCAMPO, COAHUILA

nutas ventanas podía verse el interior de las habitaciones. Afuera había algunos arbolitos alrededor de un pequeño espejo que representaba un lago cuya superficie reflejaba los cisnes de cera que nadaban sobre él. Todo era encantador, pero lo más lindo era una doncellita que se hallaba junto a la puerta abierta del castillo.

También ella estaba hecha de papel, pero llevaba un vestido de ligerísima gasa, con una preciosa cintita azul sobre los hombros, a modo de chal, sujeta con una brillante lentejuela tan grande como su cara. La doncellita

tenía ambos brazos extendidos, pues era una bailarina. Y, en la danza, había levantado tanto una de sus piernas, que el soldadito de plomo no podía verla y supuso que ella, como él, no tenía más que una pierna.

—¡Esa sería la esposa que me convendría! —pensó—. Pero es demasiado distinguida. Vive en un palacio, mientras que yo sólo tengo una caja, y aun compartida entre veinticinco. No, éste no sería lugar digno de una doncella como ésta. Pero he de procurar relacionarme con ella.

Luego permaneció tendido tras una caja de rapé que había sobre la mesa. Desde allí podía ver muy bien a la damita, la cual continuaba sosteniéndose sobre una sola pierna, sin perder el equilibrio.

Por la noche, los otros soldados fueron guardados en la caja y la gente de la casa se fue a dormir.

Entonces tocó el turno a los juguetes de ponerse a jugar: se divertían haciéndose visitas, librando batallas y organizando bailes. Los soldaditos de plomo empezaron a meter bulla dentro de su caja, porque querían tomar parte en los juegos, pero no podían levantar la tapa. Los cascanueces daban volteretas y el lápiz garra pateaba simplezas en la pizarra.

Había tal batahola, que el canario despertó y se unió al barullo, pero las cosas que decían eran en verso. Los dos únicos que no se movían eran el soldadito de plomo y la pequeña bailarina. Ésta permanecía tan erguida





RAMIRO PÉREZ TELLEZ (10 AÑOS), CORONEO, GUANAJUATO

como siempre, sobre la punta de un pie, con los brazos extendidos; él continuaba firme sobre su única pierna y no dejaba de mirar a la bailarina ni un solo instante.

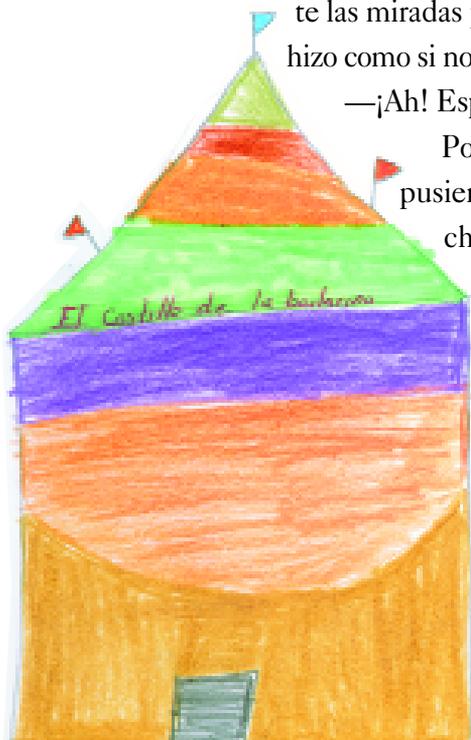
Luego el reloj dio las doce y, ¡pas!, saltó la tapa de la caja de rapé. Pero no era rapé lo que había en ella. ¡No! Había un pequeño duende negro, una especie de muñeco con resorte.

—¡Soldadito de plomo! —gritó el duende—. Hazme el favor de guardarte las miradas para lo que te concierna. Pero el soldadito de plomo hizo como si no lo oyera.

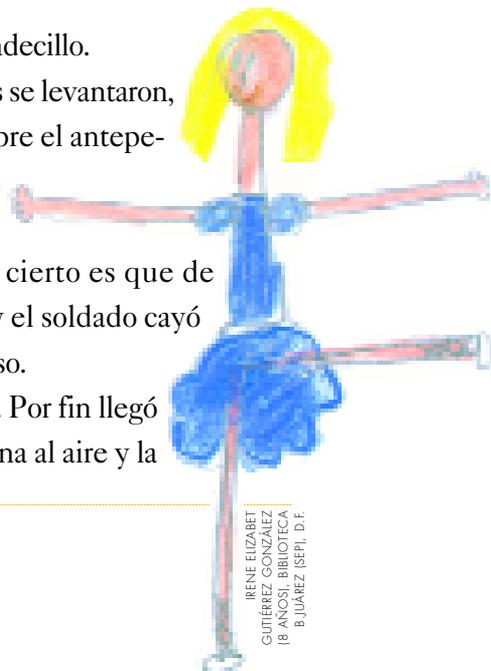
—¡Ah! Espera a mañana —dijo el duendecillo.

Por la mañana, cuando los niños se levantaron, pusieron el soldadito de plomo sobre el antepecho de la ventana; y, no sé si sería por obra del duende o de una racha de viento, lo cierto es que de pronto se abrió la ventana y el soldado cayó de cabeza desde el tercer piso.

Fue un descenso terrible. Por fin llegó al suelo y quedó con la pierna al aire y la



IRENE EIZABET
GUTIÉRREZ GONZÁLEZ
18 AÑOS, BIBLIOTECA
B. JUÁREZ ISEPI, D.F.



IRENE EIZABET
GUTIÉRREZ GONZÁLEZ
18 AÑOS, BIBLIOTECA
B. JUÁREZ ISEPI, D.F.



CAROLINA VILLA BRIONES (7 AÑOS), MEXICALI, B.C.

bayoneta clavada entre dos adoquines. La criada y el niño bajaron corriendo a buscarlo, pero, aun cuando casi lo pisaron, no lo supieron ver. Sólo con que el soldado hubiese dicho:

—¡Aquí estoy!

Lo hubieran encontrado en seguida. Pero no le pareció correcto gritar, vistiendo uniforme.

Entonces empezó a llover y las gotas de agua cayeron cada vez más de

BRENDA ELIZABET BENTURA AGUILERA (9 AÑOS), JALISCO



prisa hasta convertirse en torrente. Cuando cesó la lluvia, vinieron dos niños de la calle.

—¡Mira! —dijo uno de ellos—. Aquí hay un soldadito de plomo. Lo haremos navegar.

Hicieron, pues, un barco de papel de periódico y colocaron en medio al soldadito de plomo. El barquito se fue flotando agua abajo por la cuneta. Los niños lo siguieron, batiendo palmas. ¡Dios del cielo! ¡Qué olas había en aquel arroyo y qué corriente! No cabía duda de que había llovido a cántaros. El barco de papel bailaba, subiendo y bajando y girando a veces sobre sí mismo. El soldadito de plomo sintió un escalofrío, pero permaneció impassible y no movió un solo músculo. No miraba más que de frente, con el fusil al hombro. De repente, el barco fue arrastrado dentro de un largo túnel de madera y el soldado se halló en una oscuridad como la de su caja.

—¿Dónde iré a parar ahora? —pensó—. Bueno, bueno..., ¡todo es culpa de aquel duende! ¡Oh, si la doncellita estuviera conmigo en el barco, me importaría poco que esto fuese doblemente oscuro!

En aquel momento apareció una enorme rata de agua que vivía en el túnel.

—¿Tiene usted pasaporte? —preguntó la rata—. Muéstreme su pasaporte.

El soldadito de plomo no contestó, pero agarró con más fuerza su fusil. El barco continuó avanzando, seguido de cerca por la rata. ¡Uf! ¡Cómo rechinaba los dientes! Y gritaba a los trozos de madera y de paja.

—¡Detenedlo! ¡Detenedlo! ¡No pagó el portazgo! ¡No ha mostrado su pasaporte!

Pero la corriente era cada vez más fuerte. El soldado de plomo ya podía ver la luz del día al final del túnel, pero al mismo tiempo oía un rugido capaz de paralizar de terror el corazón más bravo. Imaginaos: al extremo del túnel el torrente desembocaba en el gran canal. Aquello había de ser tan peligroso para él como para uno de nosotros precipitarse por los rápidos de un gran río.



ABRIL MARIAM HERNÁNDEZ ARELIANO
(10 AÑOS), GUSTAVO A. MADERO, D.F.



ABRIL MARIAM HERNÁNDEZ ARELIANO
(10 AÑOS), GUSTAVO A. MADERO, D.F.



DIANA CARINA ANAYA HERNÁNDEZ (10 AÑOS), ACÁMBARO, GUANAJUATO

Se hallaba tan cerca del extremo que ya era imposible detenerse. El barquito se precipitó afuera. El pobre soldadito de plomo se mantuvo tan tieso como pudo. ¡Nadie podría decir de él que se le escapó siquiera un respingo!

El barco giró dos o tres veces sobre sí mismo y se llenó de agua hasta el borde; se hundiría. Al soldado de plomo le llegaba el agua al cuello y el barco se sumergía más y más. El papel se iba ablandando y por fin el agua le cubrió la cabeza. Entonces pensó en la linda pequeña bailarina a quien no volvería a ver jamás y sonó a sus oídos este refrán de una canción:

¡Adelante, soldado! ¡Adelante! ¡A la muerte no temes, valiente!

Por fin, el papel cedió enteramente y el soldado cayó por el agujero, pero al mismo instante se lo tragó un gran pez.

¡Oh, qué oscuridad había allá dentro del pez! Era peor aun que dentro del túnel. ¡Y además era tan angosto! Pero el soldadito de plomo continuaba tan impasible como siempre y permanecía tendido con el fusil al hombro.



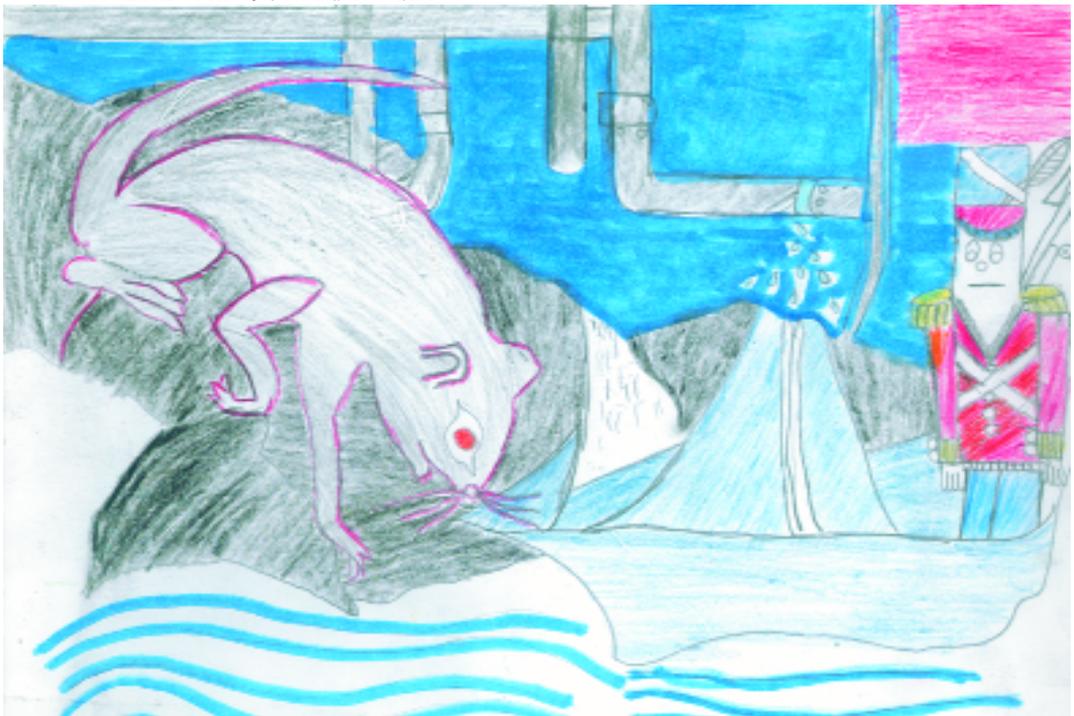
CHRISTIAN JOAQUÍN MADINABEITIA BELTRAN (7 AÑOS), LA PAZ, B.C.S.

El pez corría y hacía los movimientos más alocados. Por último, quedó completamente inmóvil y, transcurrido algún tiempo, un resplandor como de relámpago lo atravesó. El soldadito se encontró una vez más en la plena luz del día y alguien gritó:

—¡Un soldado de plomo!

El pez había sido pescado, lo llevaron al mercado, lo vendieron y lo transportaron a la cocina, donde la cocinera lo abrió con un gran cuchillo. Agarró al soldadito con dos dedos por la cintura y lo llevó a la sala, donde todo el

ALAN ALEXI HERNÁNDEZ ROJA (11 AÑOS), TLÁHUAC, D.F.





JESÚS ALEJANDRO KU ROBALDINO (7 AÑOS), CAMPECHE, CAMPECHE

mundo quería ver al hombre maravilloso que había viajado dentro del estómago de un pez. Pero el soldadito de plomo no se sentía nada orgulloso. Lo colocaron sobre la mesa y..., ¡maravilla de las maravillas!, se encontró en la misma estancia donde había estado antes. Vio a los mismos niños y los mismos juguetes, que se encontraban todavía sobre la mesa, así como el hermoso castillo con la linda pequeña bailarina.

La doncellita se sostenía aún sobre una sola pierna y mantenía la otra al aire. Ya veis, ella también era inmovible. El soldado sintió tal emoción que estuvo a punto de derramar lágrimas de plomo, pero esto no hubiera sido digno de él. Miró a la bailarina y ella lo miró a él, mas no pronunciaron una sola palabra. En aquel momento uno de los niños agarró al soldadito de

ABSALÓN SÓLIS LÓPEZ (12 AÑOS), VILLAFLORES, CHIAPAS



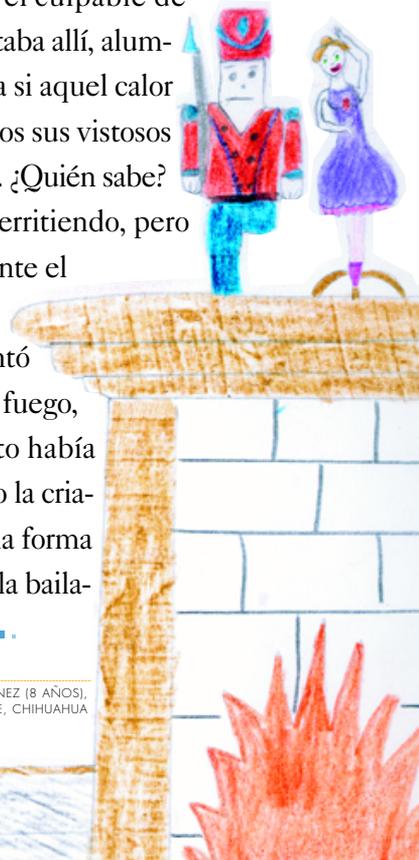


CLAUDIA YARELI RAMÍREZ LÓPEZ (9 AÑOS), BIBLIOTECA NEZAHUALCOYOTL (SEP), D.F.

plomo y, sin más, lo arrojó al fuego. No hay duda de que el culpable de aquello era el duendecillo de la caja de rapé. El soldadito estaba allí, alumbrado por las llamas y en el calor más horrible, pero no sabía si aquel calor era el del fuego o el de sus sentimientos. Había perdido todos sus vistosos colores, acaso debido a su peligroso viaje, o tal vez a sus penas. ¿Quién sabe?

Miró a la doncellita y ella lo miró. Sentía que se estaba derritiendo, pero aún conseguía mantenerse erguido, sosteniendo valientemente el fusil al hombro.

De pronto, se abrió una puerta. La corriente de aire levantó a la pequeña bailarina y ésta, como una sílfide, ¡voló hacia el fuego, hacia el soldado, se encendió y desapareció! Ya el soldadito había quedado reducido a un mero montoncito de plomo. Cuando la criada retiró las cenizas, a la mañana siguiente, lo encontró con la forma de un pequeño corazón de plomo. Todo lo que quedaba de la bailarina era su lentejuela, requemada y negra como el carbón. ■■■



GILDARDO OLIVAS MAYNEZ (8 AÑOS), VALLE DE ALLENDE, CHIHUAHUA





El patito feo

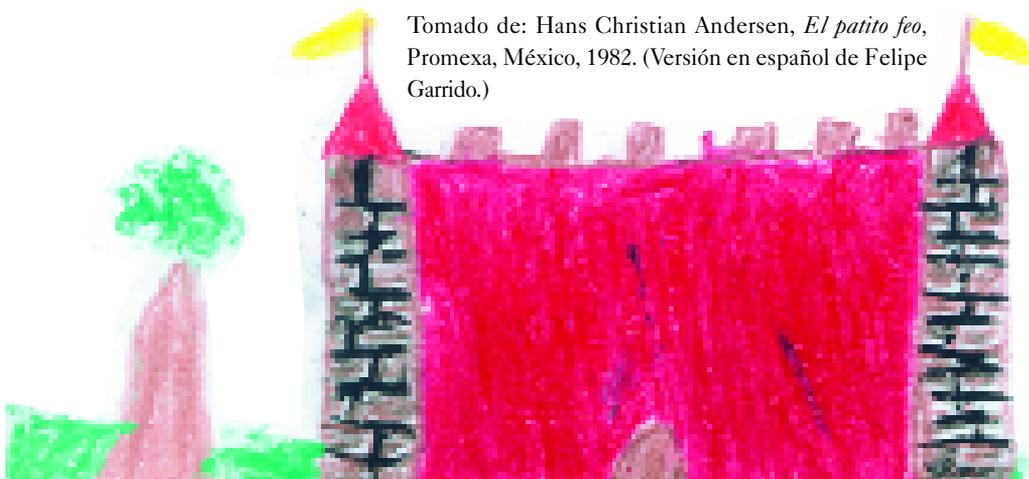


JOSTIN ADRIÁN MARTÍNEZ CORRAL 15 AÑOS, ALVARO OBREGÓN, D.F.

Estaba tan hermoso el campo! Era verano. La avena aún se veía verde, pero el trigo ya iba amarilleando. Abajo, en la pradera, el pasto había sido segado y acomodado en almiaros; las cigüeñas, sobre sus largas patas, paseaban por la vega hablando en egipcio, pues tal era la lengua que habían aprendido de sus madres. Las tierras labrantías se hallaban encerradas por bosques, y escondidos entre los árboles había pequeños lagos y estanques. Sí, en verdad hacía un día hermoso en el campo.

El viejo castillo, con su profundo foso en derredor, se alzaba bañado por la luz del sol. Entre las macizas murallas y la orilla del foso se extendía una estrecha franja de tierra cubierta por un bosque entero de lampazos. Sus hojas eran grandes y algunos de los tallos tan altos que un niño podría estar de pie bajo ellos e imaginar que se encontraba en medio de una floresta solitaria y hostil. En ese lugar una pata había construido su nido. Mientras estaba echada, empollando los huevos, se sentía un poquitín infeliz por causa del largo tiempo que llevaba allí y porque casi nadie iba a visitarla. Los de-

Tomado de: Hans Christian Andersen, *El patito feo*, Promexa, México, 1982. (Versión en español de Felipe Garrido.)



KAREN ROXANA ROMERO ARGOTE 16 AÑOS, MEXICALI, B.C.

MARCO A. GÓMEZ RODRÍGUEZ
19 AÑOS, BIBLIOTECA MÉXICO, D.F.



JESSICA NOEMÍ MARTÍNEZ DURÁN (9 AÑOS), TLÁHUAC, D.F.

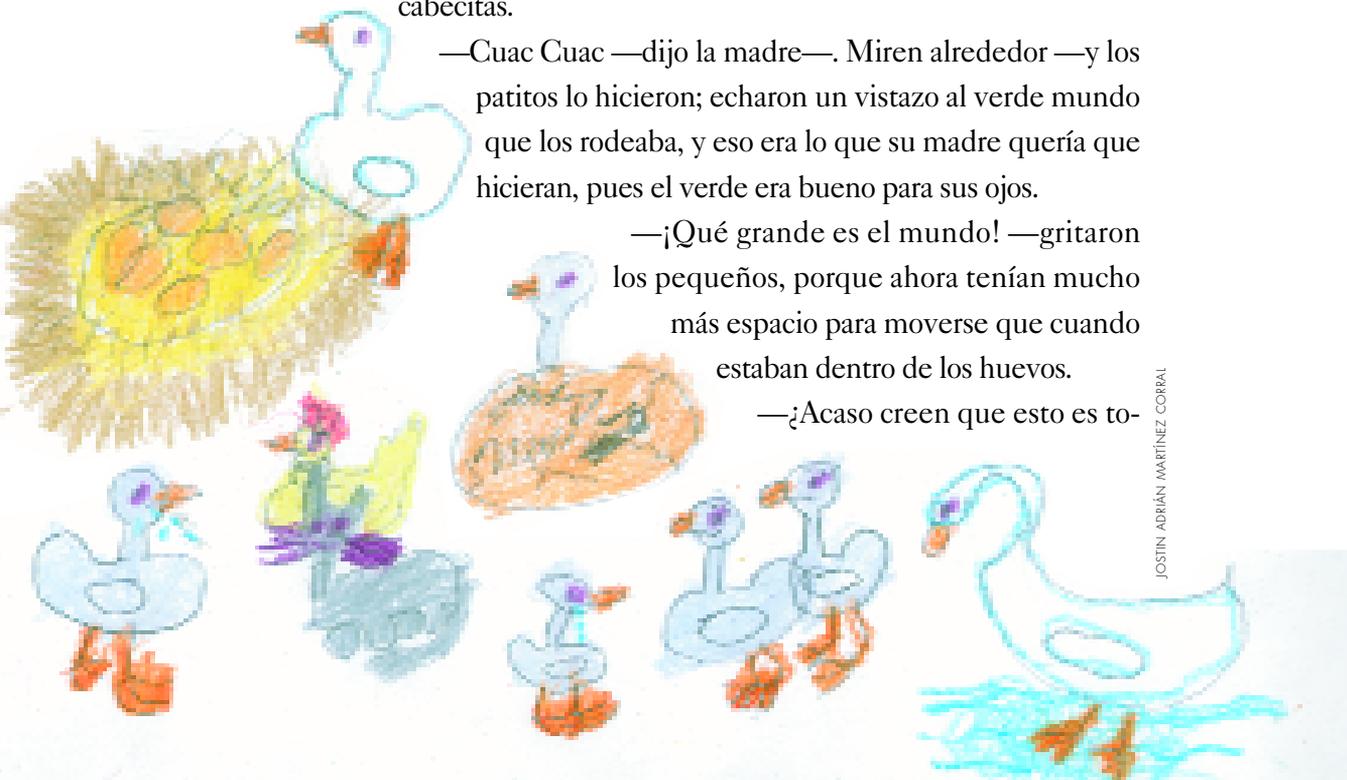
más patos preferían nadar en el foso que sentarse bajo una hoja de romaza a chismorrear un poco.

Finalmente los cascarones comenzaron a romperse. “Pip Pip”, fueron diciendo uno por uno. Las yemas habían cobrado vida y fueron sacando las cabecitas.

—Cuac Cuac —dijo la madre—. Miren alrededor —y los patitos lo hicieron; echaron un vistazo al verde mundo que los rodeaba, y eso era lo que su madre quería que hicieran, pues el verde era bueno para sus ojos.

—¡Qué grande es el mundo! —gritaron los pequeños, porque ahora tenían mucho más espacio para moverse que cuando estaban dentro de los huevos.

—¿Acaso creen que esto es to-



JOSFIN ADRIÁN MARTÍNEZ CORRAL



KAREN ROXANA ROMERO ARGOTE (6 AÑOS), MEXICALI, B.C.

do el mundo? —parpó su madre—. El mundo es mucho más grande que esto. Se extiende hasta los trigales del ministro, aunque yo nunca he llegado tan lejos. ¿Están todos? —la pata se levantó y dio la vuelta para ver su nido—: ¡Oh, no! ¡El mayor de los huevos no ha empollado todavía, y yo estoy tan cansada de estar echada aquí! Me pregunto si esto tardará mucho todavía —se quejó la pata, y volvió a tumbarse.

— ¿Qué hay de nuevo? —preguntó una pata vieja que había llegado de visita.

—Uno de los huevos está tardando demasiado —gimoteó la madre—. No se rompe. Pero mire usted los otros. Son los patitos más lindos que jamás se hayan visto; y todos son la viva imagen del padre. ¡Ese canalla que no ha venido a verme ni siquiera una vez!

Déjeme ver ese huevo que no se rompe —solicitó la pata vieja—. Estoy segura de que es de pavo. Una vez me embaucaron así. No se puede imaginar lo que es eso. Los pavos le tienen miedo al agua. No logré convencerlos de que se metieran en ella. Les grité y los mordí, pero de nada sirvió. Déjeme verlo... sí, es de pavo. Déjelo ahí. Váyase y enseñe a sus pequeñines a nadar; ese es mi consejo.

—He estado echada sobre él tanto tiempo que me parece que puedo quedarme aquí todavía un poco más; por lo menos hasta que metan el heno —replicó la madre.



ESPERANZA AGUILAR FUENTES (8 AÑOS), SALINAS DE HIDALGO, S.L.P.

— Como usted quiera —dijo la pata vieja y se marchó.

Por fin el huevo mayor también se rompió: “Pip. Pip”, dijo el recién nacido, y salió dando tumbos. Era enorme y feísimo.

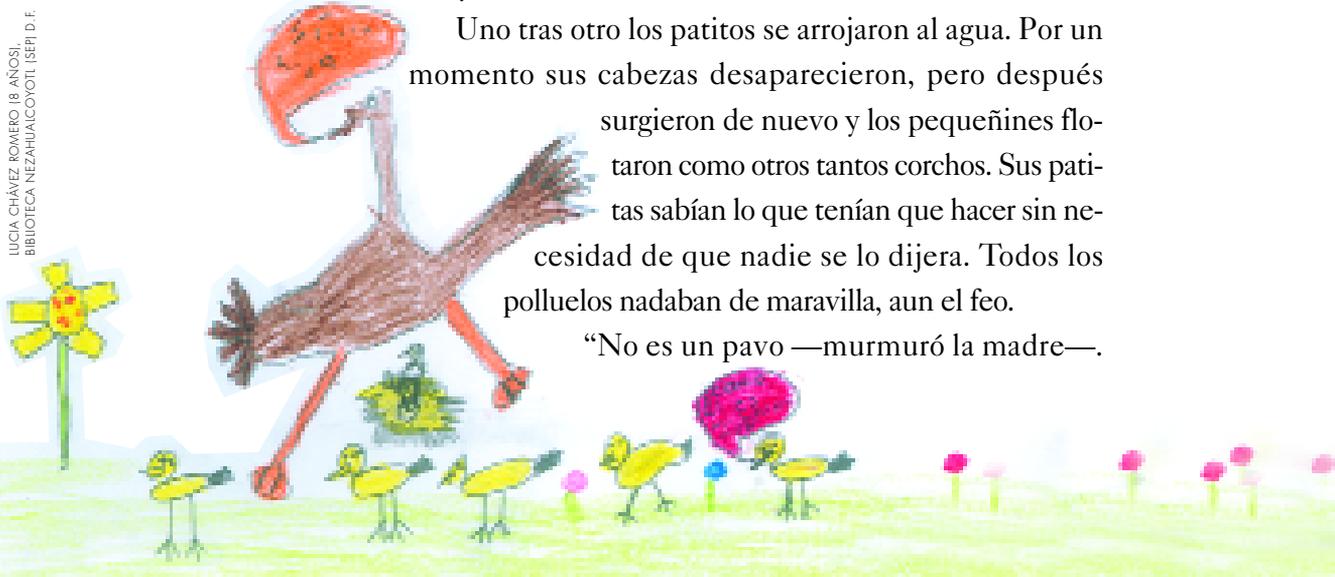
La pata lo miró. “Está terriblemente grande para su edad —se dijo—. No se parece a ninguno de los otros. ¿Será un pavo? Bueno, ya lo veremos. Tendrá que meterse al agua, así tenga que echarlo a empujones”.

Al día siguiente hacía un tiempo esplendoroso. El sol brillaba sobre el bosque de lampazos. La pata llevó a toda su nidada al foso.

— ¡Cuac... Cuac...!—ordenó

Uno tras otro los patitos se arrojaron al agua. Por un momento sus cabezas desaparecieron, pero después surgieron de nuevo y los pequeñines flotaron como otros tantos corchos. Sus patitas sabían lo que tenían que hacer sin necesidad de que nadie se lo dijera. Todos los polluelos nadaban de maravilla, aun el feo.

“No es un pavo —murmuró la madre—.





ALMA YESENIA GÓMEZ MÉNDEZ (11 AÑOS), YAJALÓN, CHIAPAS

Miren lo bien que mueve las patas y lo derecho que sostiene el cuello. Es mi propio hijo, y si uno lo ve de cerca, está bien guapo...”

— ¡Cuac! ¡Cuac! Síganme y los llevaré al gallinero y los presentaré con todo mundo. Pero quédense cerca de mí para que nadie los pise, y cuidado con el gato.

Cuando llegaron al gallinero escucharon un terrible alboroto. Dos familias de patos habían comenzado a pelear por una cabeza de anguila.

Ninguna de las dos consiguió quedarse con ella, pues el gato se las arrebató.

—Así es la vida —dijo la madre, y se relamió el pico; le habría gustado quedarse con la cabeza de anguila—. Caminen con elegancia —les advirtió—. Y no se olviden de saludar a esa señora pata que está allá. Tiene sangre española en las venas y es el ave más aristocrática que hay por aquí. Por

LUIS FELIPE CASTILLO GARCÍA (11 AÑOS), VILAHERMOSA, TABASCO





EDITH ROXET VÁZQUEZ MORENO (11 AÑOS), SANTA CRUZ, TLAXCALA

eso está tan gorda y tiene ese trapo rojo atado en una de las patas. Esa es la mayor distinción que puede recibir un pato. Es tan importante que por nada del mundo dejaría ella de usarlo. Y todas las demás aves y los seres humanos saben quién es ella. ¡Cuac! ¡Cuac! No caminen así; hay que contonearse como patitos bien educados. Separen bien las piernas, como lo hacen su padre y su madre. Inclinen la cabeza y digan “¡Cuac!” —y así lo hicieron los patitos.

Otros ánades se reunieron en torno a ellos y dijeron en voz alta:

—¿Para qué queremos esa pandilla por aquí? ¿Qué no somos ya más que suficientes? ¡Bah, miren qué feo es ése! ¡Esto es el colmo! —y uno de los patos se acercó agitando las alas y mordió al patito feo en el cuello.

— ¡Déjenlo en paz! —gritó la madre—. Él no le ha hecho nada a nadie.

—Es demasiado grande y no se parece a ninguno de nosotros —replicó el pato que lo había mordido—. Y eso basta para pegarle.

— Hermosos niños tiene usted —hizo notar la pata que llevaba el trapo rojo—. Todos son guapos de verdad, menos uno. No le quedó muy bien. Me gustaría que pudiese volver a hacerlo.

— Eso es imposible, su excelencia —respondió la madre—. Tal vez no sea muy lindo, pero tiene buen temple y nada tan bien como los demás, si no es que un poco mejor. Quizá cuando crezca llegue a ser más apuesto y a

estar mejor proporcionado. Pasó en el huevo demasiado tiempo, y por eso no tiene la forma debida —la pata se alisó el cuello por un instante y después agregó—: Además, es macho; de manera que su apariencia no es tan importante. Es fuerte y estoy segura de que podrá habérselas solo con el mundo.

— Bueno, los otros son hermosos —dijo la pata aristócrata—. Siéntanse como en su casa; y si de casualidad te encuentras una cabeza de anguila tráemela por favor.

Y, en efecto, estaban “en casa”.

El pobre patito que había sido el último en salir del cascarón y que era tan feo sufrió las mordidas, los empujones y las burlas tanto de las gallinas como de los demás patos. El pavo (que había nacido con espolones y por tanto se creía emperador) infló su plumaje como si fuera un velero a todo trapo, y se pavoneó ante el patito. Glugluteó tan fuerte que la cara se le puso carmesí.

LIZBETH ALEJANDRA ROMERO DE LA LUZ (11 AÑOS), AZCAPOTZALCO, D.F.

VANIA ABISAG SÁNCHEZ PÉREZ (5 AÑOS), ALVARO OBREGÓN, D.F.





JESÚS DÍAZ URIOSO (7 AÑOS) LA PAZ, B.C.S

El pobre patito no supo adonde ir. ¡Cuánto lamentó ser tan feo, y qué triste estaba! La pobre criatura recibía el desprecio y las burlas de todo el gallinero.

Ese fue el primer día; y cada día después de ése fue peor que el anterior. El pobre patito fue perseguido y maltratado por todos, aun por sus propios hermanos y hermanas, quienes le parparon sin piedad una y otra vez:

—¡Ojalá que el gato te atrapara, adefesio!

Incluso su madre le dijo: — Ojalá estuvieras lejos de aquí.

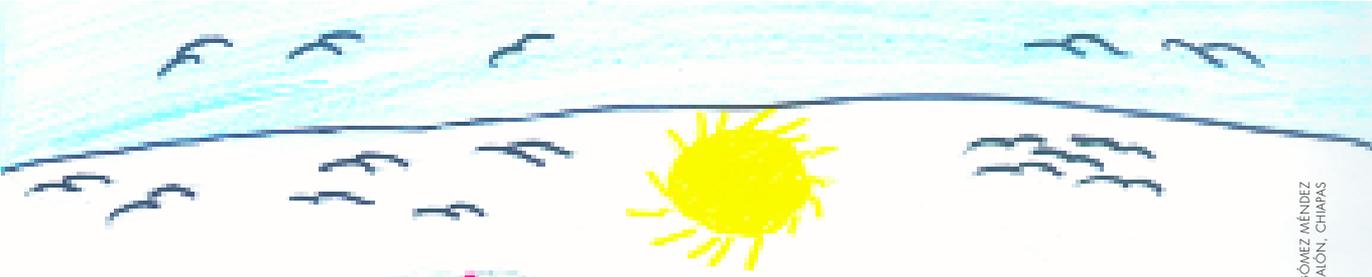
Los otros ánades lo mordían y las gallinas lo picoteaban. La muchacha que iba a alimentar las aves del gallinero lo pateó.

Finalmente el patito salió huyendo. Pasó por encima del breñal y asustó a todos los pajaritos, que alzaron el vuelo. “También ellos me juzgan horrible”, pensó el patito y cerró los ojos, pero no se detuvo.

Por último llegó a un gran pantano donde vivían ánades silvestres, y pasó la noche allí, pues se hallaba demasiado fatigado para seguir adelante.

MARIZETH CERVANTES (9 AÑOS),
TÉMOIS, CHIHUAHUA





Al día siguiente el patito fue descubierto por los patos silvestres. Lo miraron y uno de ellos le preguntó: —¿Qué clase de pájaro eres?

El patito feo hizo reverencias en todas direcciones: trataba de ser tan cortés como podía.

— ¡Eres horrible! —le dijeron los patos silvestres—. Pero eso no es asunto nuestro, mientras tú no intentes casarte con alguien de nuestra familia.

El pobre patito no abrigaba la menor intención de casarse con nadie. Todo lo que quería era que le permitieran nadar entre los carrizos y beber un poco de agua cuando tuviera sed.

Pasó dos días en la ciénega; entonces llegaron dos gansos silvestres. No hacía mucho tiempo que habían sido empollados; por tanto ambos eran sinceros y descarados.

— Mira, camarada —le dijeron—. Eres tan feo que nos caes bien. ¿Quieres emigrar con nosotros? No lejos de aquí hay un marjal donde viven unas gansitas preciosas. Todas son adorables mocitas, y tú eres tan espantoso que quizá puedas hacer fortuna entre ellas. Ven con nosotros.

“¡Bang, bang!” Dos tiros se escucharon y los dos gansos cayeron muertos en el cañaveral y el agua se tiñó de rojo con su sangre.

“¡Bang, bang!” De nuevo llegó el sonido de los disparos, y una bandada de ánsares alzó el vuelo.

El pantano entero se hallaba rodeado por cazadores; de todos lados venía el ruido horrísono. Algunos cazadores se habían escondido tras los arbustos o entre, las cañas, y otros, ocultos a la vista por las hojas, estaban sentados en las ramas bajas de los árboles, que se extendían sobre el agua. El humo azul que despedían los fusiles permanecía como si fuera neblina sobre el agua y entre los árboles. Llegaron los perros salpicando por la ciénega, doblando y rompiendo los carrizos.

El pobre patito estaba asustadísimo. Se hallaba a punto de meter la cabeza bajo el ala, para esconderse, cuando vio un perro enorme que lo miraba con curiosidad entre los juncos. La lengua del can





colgaba del hocico y sus ojos resplandecían con un brillo de perversidad. Le mostró los colmillos. ¡Plas! Dio media vuelta sin tocar al patito.

“¡Oh, gracias a Dios! —suspiró—. Soy tan feo que ni siquiera el perro quiso morderme.”

El patito se quedó tan quieto como pudo mientras los tiros silbaban entre los carrizos. Hasta media tarde no terminó el tiroteo; pero el pobre patito estaba tan asustado que esperó varias horas antes de sacar la cabeza de abajo de su ala. Después se apresuró a salir del pantano. Fue al través de campos y praderas, pero se había alzado el viento y encontró difícil ir en su contra.

Comenzaba a anochecer cuando llegó a una humilde choza. Estaba tan ruinosa y torcida que parecía que no alcanzaba a decidir hacia qué lado debía caer, y que esa era la única razón por la que se mantenía aún en pie. El viento soplaba con tanta fuerza que el pobre patito tuvo que sentarse para no ser arrastrado por el aire. De pronto se dio cuenta de que la puerta estaba fuera de sus goznes, en un momento en que crujió, y el patito feo lo aprovechó para deslizarse por ella al interior.

En la barraca vivía una vieja con su gato y su gallina. El gato se llamaba Hijito y sabía lo mismo arquear el espinazo que ronronear. Ah, también

PABLO ENOC PÉREZ VILLAIVA (10 AÑOS), JANTETELCO, MORELOS





EDGAR EDUARDO SANTIAGO MAYO (6 AÑOS), TABASCO

podía lanzar chispas si uno lo frotaba a contrapelo. La gallina tenía muy cortas las extremidades y por eso se llamaba Clueca Patas Chicas. Pero era muy buena ponedora y la vieja la quería como si fuera su propia hija.

En la mañana la gallina y el gato descubrieron al patito. El gato maulló y la gallina cloqueó.

— ¿Qué sucede?— preguntó la vieja y en seguida echó un vistazo en derredor.

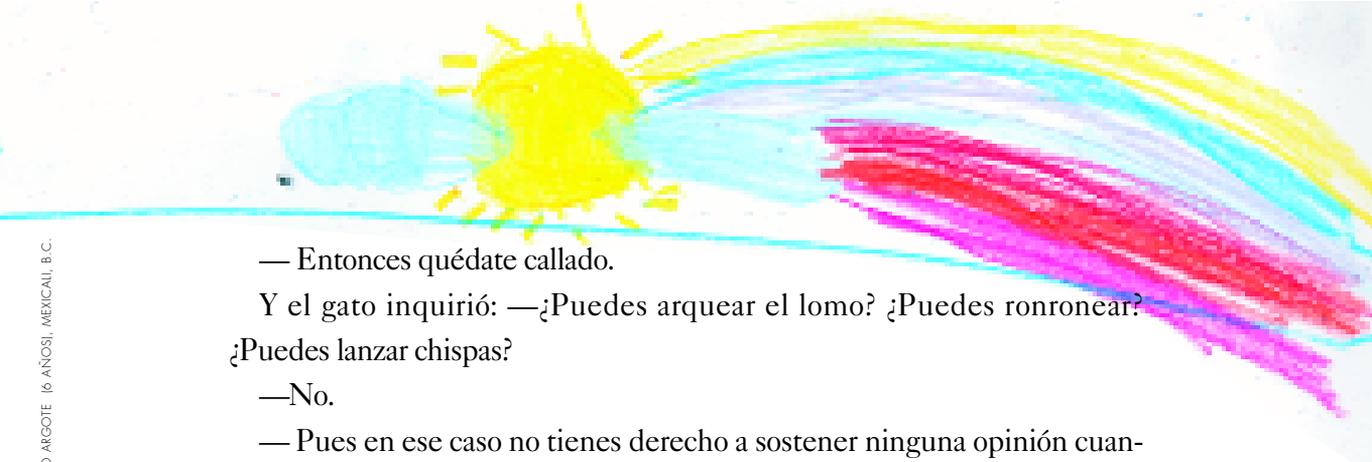
No podía ver muy bien y cuando encontró al patito creyó que era una pata adulta y gorda.

— ¡Qué suerte! —exclamó—. Ahora tendremos también huevos de pata, a menos que sea macho. Le daremos una oportunidad.

Así pues, al patito se le permitió quedarse durante tres semanas, a prueba, pero no puso ningún huevo. El gato era el amo de la casa y la gallina la ama. Siempre se referían a ellos mismos como “nosotros y el mundo”, pues pensaban que ellos eran la mitad del mundo, y por supuesto la mejor mitad. El patito creía que debería permitírsele sostener una opinión distinta, pero la gallina no estaba de acuerdo.

— ¿Puedes poner huevos? —preguntó la gallina.

— No —respondió el patito.



— Entonces quédate callado.

Y el gato inquirió: —¿Puedes arquear el lomo? ¿Puedes ronronear? ¿Puedes lanzar chispas?

—No.

— Pues en ese caso no tienes derecho a sostener ninguna opinión cuando la gente juiciosa está hablando.

El patito se hallaba sentado en una esquina, de mal humor. De pronto recordó lo hermoso que podía ser estar afuera, al aire libre, donde el sol brillaba: le sobrevino una enorme añoranza por encontrarse flotando en el agua y no pudo evitar hablar de ello.

— ¿Qué te sucede? —preguntó la gallina en cuanto escuchó lo que el patito decía—. No tienes nada que hacer; por eso se te ocurren esas cosas. Pon huevos o ronronea, y tales ideas desaparecerán.

— No puedes imaginar lo delicioso que es flotar en el agua y sumergirse hasta llegar al fondo de un lago y mojarse la cabeza —dijo el patito.

— Sí, de veras que eso suena divertido —dijo la gallina—. Debes haber enloquecido. Pregúntale al gato; es el ser más inteligente que conozco. Pregúntale si le gusta nadar o sumergirse hasta el fondo de un lago. No des crédito a mis palabras... pregúntale a la señora, que es la persona más astuta del mundo; pregúntale si le gusta flotar y mojarse la cabeza.

— ¡No me entiendes! — se quejó el patito.

— Pues si yo no puedo comprenderte, ¿quién podrá? Espero que no te creas más listo que el gato o que la señora, para no decir que yo misma. ¡No te estés dando esos aires! Agradece al Creador todo lo que ha hecho por ti. ¿No estás sentado en una tibia habitación, entre personas inteligentes de las que puedes aprender algo? Mientras tanto tú no haces otra cosa que decir un montón de sandeces, y no eres nada simpático. Créemelo, es la verdad, y te la estoy diciendo sólo por tu propio bien. En esto se reconoce a un amigo auténtico: es alguien que está ansioso por decirte la verdad, por desagradable que sea. Ahora ponte a trabajar: pon algunos huevos, o aprende a ronronear y a arquear el lomo.

— Creo que saldré al ancho mundo —replicó el patito.

— ¡Márchate entonces! —le contestó la gallina.

Y el patito se fue. Encontró un lago donde podía flotar en el agua y sumergirse hasta el fondo. Había otros ánades, pero lo ignoraron por causa de su fealdad.

Llegó el otoño y las hojas se volvieron amarillas y cobrizas; después cayeron de los árboles. El viento las tomó y las hizo bailar. Las nubes llegaban cargadas de granizo y de nieve. Un cuervo se posó en una cerca y graznó: “¡Aj, aj!”, porque hacía mucho frío. Si apenas pensar en el frío que estaba haciendo basta para que uno se estremezca, podemos imaginar los terribles apuros que el patito debe haber pasado.

Una tarde, precisamente cuando el sol se ocultaba, en un glorioso crepúsculo, una bandada de aves hermosísimas surgió de entre los juncos. Sus

MARIBEL DE LOS ÁNGELES HERNÁNDEZ MÉNDEZ (7 AÑOS), YAJALÓN, CHIAPAS





plumas eran tan blancas que resplandecían; sus cuellos eran largos y agraciados. Eran cisnes. Lanzaron un llamado muy agudo y en seguida desplegaron sus poderosas alas. Iban volando hacia el sur en busca de un clima más benigno, donde los lagos no se congelaran durante el invierno. Volaron en círculos más y más altos. El patito feo giró y giró en el agua como si fuera una rueda, y alargó su cuello más y más hacia el cielo; sentía un extraño anhelo. Gritó tan agudamente que él mismo se asustó.

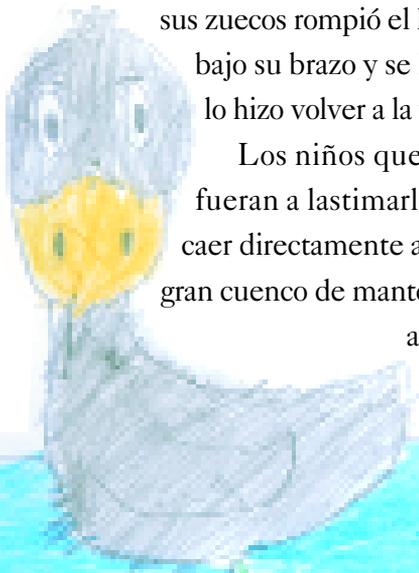
Oh, jamás podría olvidar aquellas hermosas aves, aquellas aves felices. Cuando se perdieron de vista el patito se sumergió bajo el agua hasta llegar al fondo del lago; cuando volvió a la superficie se encontró solo consigo mismo. No sabía cómo se llamaban aquellas aves o adonde iban, y sin embargo sentía que las quería como jamás había querido a ninguna otra criatura. No las envidiaba. Ni siquiera se le ocurrió abrigar el deseo de ser tan hermoso como ellas. Para ser feliz le habría bastado que los otros patos le hubiesen permitido quedarse en el gallinero: ¡esa fea, pobre ave!

El clima se fue haciendo cada vez más frío. El patito tenía que nadar dando vueltas en el agua sólo para evitar que un pequeño espacio alrededor de él se congelara. Cada noche ese agujero se hacía más pequeño. A su alrededor el hielo crujía y gruñía. El patito tenía que mover constantemente las patas para impedir que el último y pequeñísimo campo de agua libre se convirtiera en hielo. Al final estaba demasiado cansado para nadar. Permaneció quieto. El hielo se cerró en torno de él y pronto se sintió congelado.

Temprano, a la mañana siguiente, un campesino lo descubrió, y con sus zuecos rompió el hielo para liberarlo. El hombre tomó al patito bajo su brazo y se lo llevó a casa para dárselo a su mujer, quien lo hizo volver a la vida.

Los niños querían jugar con él. Pero el patito temía que fueran a lastimarlo, de manera que aleteó con fuerza y fue a caer directamente al cubo de la leche; de ahí revoloteó hasta un gran cuenco de mantequilla, y después a un tonel de harina. ¡Qué aspecto tenía!

La mujer del campesino aulló y lo per-





FRANCISCO JAVIER OCHOA GONZÁLEZ | 9 AÑOS|, LA PAZ, B.C.S.

siguió con un atizador. Los niños reían y estuvieron a punto de caer unos encima de los otros, tratando de capturarlo; ¡y cómo gritaban! Felizmente para el patito, la puerta estaba abierta. Logró salir de la casa y esconderse al pie de unos juncos, en la nieve recién caída, y ahí permaneció tan quieto como si apenas quedara en él un soplo de vida.

Sería demasiado horrible relatar todas las dificultades y los sufrimientos que el patito experimentó durante aquel largo invierno. Bástenos saber que alcanzó a sobrevivir.

Cuando el sol brilló de nuevo tibiamente y las alondras comenzaron a cantar, el patito se encontraba entre las cañas del pantano. ¡Había llegado la primavera!

Extendió las alas para volar. ¡Qué recias y vigorosas eran! Antes de que se diera cuenta se hallaba lejos de la ciénega, volando sobre un hermoso jardín. Los manzanos habían florecido y los arbustos de lilas extendían sus ramas cubiertas de flores al ras del agua de un tortuoso canal.

Todo era tan bello: tan fresco y verde. De un juncal salieron tres cisnes. Encresparon el plumaje y flotaron ligeramente sobre el agua. El patito feo reconoció a las aves y sintió de nuevo aquella extraña melancolía.



ENEYDA TORRES PÉREZ (11 AÑOS), BENEMÉRITO DE LAS AMÉRICAS, CHIAPAS

“¡Volaré hacia ellos, hacia esas aves esplendorosas! Y si quieren pueden despedazarme, pues yo que soy tan feo me atrevo a llegar cerca de ellos. ¿Qué importa? Prefiero que ellos me maten a que me muerdan los otros patos y me picoteen las gallinas y me pateen la muchacha que cuida el gallinero; o a soportar las penalidades del invierno.”

Y se posó en el agua y nadó hacia los magníficos cisnes. Cuando ellos lo vieron inflaron las plumas y comenzaron a nadar hacia él.

— Matadme —murmuró la pobre criatura, e inclinó la cabeza en forma humilde para esperar la muerte. Mas, ¿qué fue lo que vio en el agua? Su propio reflejo. Y no era ya el de un ave torpe, desmañada, gris, desgarrada y fea. ¡Era el de un cisne!

Nacer en un gallinero no tiene importancia, siempre que uno haya sido empollado en un huevo de cisne.

Sintió gratitud por haber conocido tantos anhelos, por haber pasado por



tantos sufrimientos, pues eso le permitía apreciar más su felicidad presente y el encanto de cuanto lo rodeaba. Los cisnes llegaron a él y lo acariciaron con los picos.

Unos niños salieron al jardín. Llevaban pan para alimentar a los cisnes. El más pequeño gritó: —¡Miren, hay uno nuevo!

Los demás aplaudieron con júbilo y corrieron a decírselo a sus padres.

Pan y pastel fueron esparcidos en el agua para los cisnes. Todos estuvieron de acuerdo en que el cisne nuevo era el más hermoso. Los cisnes mayores lo saludaban con reverencias.

Sintió tanta timidez que escondió la cabeza bajo el ala. Estaba demasiado feliz, mas no orgulloso, pues un corazón benévolo no puede sentir orgullo. Pensaba en el tiempo en que había sido objeto de burlas y persecuciones. Y ahora todo mundo decía que era el más hermoso entre los hermosos cisnes. Y los arbustos de lilas alargaban sus ramas hacia el agua en su honor. El sol brillaba tibio y resplandeciente. Encrespó las plumas y alzó el esbelto cuello mientras la felicidad embargaba su corazón. Entonces reflexionó: “Jamás creí que pudiese existir tanta felicidad cuando yo era el patito feo.” ■■

MITZI YAAZANYA SOTO SALCEDO [9 AÑOS], TECATE, B. C.



CIBEL TORRES TORTOLERO (8 AÑOS), SALAMANCA, GUANAJUATO



KARINA GARCÍA TREJO (10 AÑOS), AZCAPOTZALCO, D.F.





La cerillerita

Reinaba un frío horrible; nevaba desde la mañana; se aproximaba la noche y era el último día del año. En medio de las ráfagas, en aquel frío glacial, una pobre niña andaba por las calles, destocada y descalza. Al salir de su casa llevaba unas zapatillas, ¿pero de qué le servían? Eran muy grandes y su madre las había usado hasta entonces. La pobre niña las perdió al cruzar una calle corriendo para no ser atropellada por los coches que pasaban veloces. Una de ellas había desaparecido y no pudo encontrarla; la otra fue recogida por un muchacho que escapó diciendo que la conservaría como cuna para cuando tuviese hijos. La niña andaba con sus piecitos desnudos, rojos y azulados a la vez por el frío. En un viejo delantal llevaba un paquete de cajas de fósforos y un haz de éstos en la mano. No había podido vender nada en todo el día, ni nadie le había dado ni siquiera una moneda de limosna.

Temblando de frío y de hambre, la pobrecilla semejava la estampa de la miseria. Copos de nieve cubrían su larga cabellera rubia, que en graciosos rizos le caía por la espalda; pero poco pensaba en eso ahora la niña. Brillaban luces en todas las ventanas y por el aire flotaba un delicioso olor a pavo asado, porque era Nochebuena. ¡Y en esto sí que pensaba!

Tomado de: Hans Christian Andersen, *Cuentos*, Editorial Cumbre, México, 1966 (5ª edición).





AILED ZAHÍ PEÑA CASTAÑÓN (10 AÑOS), LA PAZ, B.C.S.

En un rincón formado por dos casas, una de las cuales sobresalía de la otra, la niña se sentó y acurrucóse, procurando no tocar el suelo con los pies. No osaba volver a casa, segura de recibir una paliza de su padre por no haber vendido una sola caja de fósforos ni llevar una moneda. Además, en su casa hacía frío también, porque no tenían más abrigo que el techo a través del cual silbaba el viento, aunque se habían tapado las rendijas con paja y trapos.

Tenía las manos heladas. ¡Oh! ¡Quién sabe si encender un fósforo le haría bien! ¡Si se atreviese a sacar de la caja un fósforo, aunque sólo fuera uno, frotarlo en la pared y calentarse los dedos entumecidos! Sacó uno. ¡Chis! ¡Cómo chisporroteó y luego empezó a arder! Daba una llama caliente y brillante, como una candela, que ella cubrió poniendo las manitas encima. ¡Era una maravillosa lucecita! A la niña le parecía estar sentada ante una gran estufa de pies y cubierta de bronce. ¡Qué bien ardía! ¡Qué cómoda se sentía allí! Pero la pequeña llama del fósforo se apagó, la estufa desapareció y sólo quedó un cabo del fósforo en su mano.

Frotó otro contra la pared. Se encendió y brilló una luz que, al proyectarse en el muro, dio a éste una transparencia de fino velo que permitía ver el interior de la casa. Veíase una mesa cubierta con un blanquísimo mantel y llena de vajilla de porcelana y se percibía un delicioso olor a oca asada, rellena de manzanas y ciruelas. Y he aquí que la oca, con un tenedor y un cuchillo clavados en la pechuga, empezó a moverse y se presentó delante de la pobrecita niña. Pero todo se desvaneció al apagarse el fósforo; sólo quedó la pared fría y húmeda.

La niña encendió otro fósforo, el tercero, y se vio transportada cerca de un árbol de Navidad, mucho más espléndido que el que ella vio, hacía un año, desde la puerta de la casa de un rico comerciante. Las verdes ramas brillaban con centenares de candelas de colores, alumbrando preciosas muñecas como las que había visto en los escaparates. La pequeña tendió sus manitas... y el fósforo se apagó. Las luces del árbol de Navidad parecieron ascender muy alto hasta convertirse en estrellas en el cielo. Una de ellas cayó hacia la tierra, dibujando en el cielo un trazo de luz.

—Alguien se está muriendo —pensó la niña.

Su abuela, la única persona en el mundo que la había amado, le dijo un día que cuando una estrella cae, un alma sube al cielo.

Frotó otro fósforo en la pared, que se encendió enseguida. Y en el centro de un gran resplandor, la niña vio, ante ella, a su abuela; sus vestidos irradiaban luz y su rostro tenía una expresión dulce y tierna.

—¡Abuelita! —gritó la niña—. ¡Llévame contigo! ¡Oh, cuando se acabe el fósforo me abandonarás, te desvanecerás como el fuego de la estufa, como la oca asada y como el espléndido árbol de Navidad! ¡Quédate conmigo, te lo suplico, llévame a donde vayas!

La niña encendió otro fósforo, y luego otro y otro, para evitar que su abuela desapareciese, y, finalmente, prendió el haz entero. Su abuela nunca había sido tan alta y hermosa como en aquellos momentos. Tomó en sus brazos a la niña y se la llevó volando, envuelta en luz y alegría, hacia las alturas celestes, donde no reinaba frío, no se pasaba hambre ni se sufrían penas, porque era la casa de Dios.

En aquel rincón de la calle, sentada y recostada contra la pared, con las mejillas rojas y los labios entreabiertos por una sonrisa, la niña fue encontrada muerta de frío. El sol de Navidad iluminó su helado cuerpecito. La niña estaba rígida, con el paquete de fósforos del cual había quemado una caja.

—Se ve que trató de calentarse —dijo la gente. Pero nadie adivinó las bellas cosas que había visto ni a qué gloria había subido llevada por los brazos de su abuela. ■■■

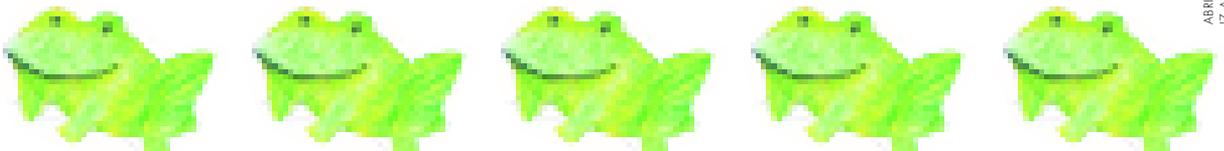


Identificación de imágenes

Luis Eduardo Adame Balderas (6 años), Mexicali, B.C., p. 78
María de los Ángeles Adriano Gutiérrez (10 años), Ramos Arizpe, Coah., p. 76
Esperanza Aguilar Fuentes (8 años), Salinas de Hidalgo, S.L.P., p. 92
Daniel Ernesto Amador Díaz González (10 años), La Paz, B.C.S., p. 72
Diana Carina Anaya Hernández (10 años), Acámbaro, Guanajuato, p. 3,84
Hortensia Ángeles Contreras (11 años) Tezontepec, Hidalgo, p. 29
Narda Paola Ayala Villarreal (10 años), Piedras Negras, Coahuila, p. 75
Brenda Elizabet Bentura Aguilera (9 años), Jalisco, p. 82
Ana Belén Bueno Tinoco (9 años), Biblioteca Amado Nervo, SEP, D.F., p. 34, 40, 41, 56, 61, 62, 63
Luis Felipe Castillo García (11 años), Villahermosa, Tabasco, p. 93
Marizeth Cervantes (9 años), Témoris, Chihuahua, p. 96
Diana Daniela Cisneros López (10 años), Mexicali, B.C., p. 6
Verónica Rocío Cortés Hernández (7 años), Azcapotzalco, D.F., p. 15, 25,26,27, 32
Lucía Chávez Romero (8 años), Biblioteca Nezahualcóyotl (SEP) D.F., p. 92
Jesús Díaz Urioso (7 años) La Paz, B.C.S., p. 96
María Guadalupe Escoto (10 años), Atotonilco el alto, Jalisco, p. 35
Liz Jenifer Espinosa Cervantes (12 años), Biblioteca de México, D.F., p. 17, 19
Aida Espinoza Cuevas (12 años), Jiutepec, Morelos , p. 107, 109
Daniel Fernández Nolasco (11 años), La Paz, B.C.S., p. 77
Gema Paulina Fonseca Zamora (10 años), Colima, Col., p. 39, 59, 60
Julieta Francoso (10 años), San Francisco de los Romos, Aguascalientes, p. 44
Martha Leticia Gallardo Gómez (8 años), Jalisco, p. 88
Abrilh Yamilet Gamboa Pérez (7 años), Acala, Chiapas, p. 15, 32, 33, 110, 111
Karla Nahani García Morales (6 años), Peñuelas, Aguascalientes, p. 50
Marlen de Jesús García Rascón (9 años), Mexicali, B.C., p. 74
Patricia Guadalupe García Rivera (10 años), Tezontepec, Hidalgo, p. 17, 19
Karina García Trejo (10 años), Azcapotzalco, D.F., p. 106
Michelle Gastélum (9 años), Tecate, B.C., p. 49
Frida Nikyeb Gilchrist Echavarrí (7 años), Playa del Carmen, Quintana Roo, p. 31
Alma Yesenia Gómez Méndez (11 años), Yajalón, Chiapas, p. 37, 97, 102, 105
Marco A. Gómez Rodríguez (9 años), Biblioteca de México, D.F., p. 89, 95, 98
Jesús Gerardo González (12 años), Ocampo, Coahuila, p. 79
Sugey Alejandra González Aguayo (6 años), Iztapalapa, D.F., p.12
Irene Elizabet Gutiérrez González (8 años), Biblioteca B.Juárez (SEP), D.F., p. 81
Melisa Zumaya Hernández (12 años), Iztapalapa, D.F.p. 2, 3, 7, 15, 21, 22, 30, 32
Abril Mariam Hernández Arellano (10 años), Gustavo A. Madero, D.F., p. 83
Maribel de los Ángeles Hernández Méndez (7 años), Yajalón, Chiapas, p. 101
María Guadalupe Hernández Mora (11 años), Álvaro Obregón, D.F.,p. 52, 67
Bryan Aarón Hernández Morales (10 años), Magdalena Contreras, D.F., p. 46
Alan Alexi Hernández Roja (11 años), Tláhuac, D.F., p. 85
Claudia Hernández Vidals (12 años), Iztapalapa, D.F., p. 5, 80



Jesús Alejandro Ku Robaldino (7 años), Campeche, Campeche, p. 86
 Marco Antonio Lara Cruz (7 años), Aguascalientes, Ags., p. 7, 8, 16,
 Derzu Jushet Lara Uribe (10 años), Biblioteca de México, D.F., p. 69, 71, 72
 Christian Joaquín Madinabeitia Beltran (7 años), La Paz, B.C.S., p. 85
 Brenda Anahí Maravilla Ramírez (8 años), Iztapalapa, D.F., p. 10
 Nérida Fernanda Márquez Méndez (9 años), Aguascalientes, Ags., p. 14, 28
 Jostin Adrián Martínez Corral (5 años), Álvaro Obregón, D.F., p. 89, 90
 Jessica Noemí Martínez Durán (9 años), Tláhuac, D.F., p. 90
 Juana Lilia Martínez Hernández (11 años), Tezontepec, Hidalgo, p. 18
 Guadalupe Nathali Martínez Moreno (11 años), Ensenada, B.C., p. 20, 23
 José Medrano Alquicira (10 años), Chinameca, Morelos, p. 55
 Miriam Méndez Segura (10 años), Valle de Chalco, Estado de México, p. 97, 102
 Enrique Mendoza Arvizu (8 años), Álvaro Obregón, D.F., p. 1, 43, 44, 45, 47, 53, 59, 63, 65, 66, 67
 Alejandra Miguel de la Torre (12 años), Biblioteca de México, D.F., p. 71
 Miguel Alexander Morales Corona (10 años), Coroneo, Guanajuato, p. 35, 51, 54, 64, 67
 Francisco Javier Ochoa González (9 años), La Paz, B.C.S., p. 103
 Gildardo Olivas Maynez (8 años), Valle de Allende, Chihuahua, p. 87
 Lilián Estefany Ordaz Hernández (12 años), Biblioteca Amado Nervo, SEP, D.F., p. 38, 42, 43, 48
 María Aketzali Ortiz Ruiz (9 años), Biblioteca Amado Nervo, SEP D.F., p. 57, 62, 63
 Pablo David Ovalle Murillo (7 años), Campeche, Campeche, p. 75
 Ailed Zahi Peña Castañón (10 años), La Paz, B.C.S., p. 108
 Priscila Pérez Moore (6 años), Campeche, Camp., p. 13
 Ramiro Pérez Tellez (10 años), Coroneo, Guanajuato, p. 81
 Pablo Enoc Pérez Villalva (10 años), Jantetelco, Morelos, p. 98
 Claudia Yareli Ramírez López (9 años), Biblioteca Nezahualcóyotl (SEP), D.F., p. 87
 Israel Ramos González (8 años), Azcapotzalco, D.F., p. 24
 Yosahani Rodríguez Martínez (8 años), Tlalpan, D.F., p. 41
 Irma Cecilia Roldán (8 años), Valle de Chalco, Estado de México, p. 107
 Frida Taydee Romero Apodaca (6 años), Tecate, B.C., p. 13
 Karen Roxana Romero Argote (6 años), Mexicali, B.C., p. 89, 91, 100
 Lizbeth Alejandra Romero de la Luz (11 años), Azcapotzalco, D.F., p. 95
 Adriana Karina Romo Durán (10 años), Mexicali, B.C., p. 76
 Josué Salazar García (8 años), Biblioteca de México, D.F., p. 11
 Ricardo C. Sánchez (9 años), Biblioteca de México, D.F., p. 68
 Ingrid Carol Sánchez Casango (10 años), Villahermosa, Tabasco., p. 40
 Vania Abisag Sánchez Pérez (5 años), Álvaro Obregón, D.F., p. 95
 Sara C. Sánchez R. (11 años), Biblioteca de México, D.F., p. 70
 Ricardo César Sánchez Rodríguez (9 años), Biblioteca de México, D.F., p. 30
 Edgar Eduardo Santiago Mayo (6 años), Tabasco, p. 99
 Absalón Sólis López (12 años), Villaflores, Chiapas, p. 86
 Mónica Siboney Soto Gómez (10 años), Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, p. 11
 María Soto Ramírez (10 años), Atotonilco el alto, Jalisco, p. 37
 Mitzi Yaazanya Soto Salcedo (9 años), Tecate, B.C., p. 105
 Lizbeth Sunem Romero Segovia (11 años), Veracruz, Ver., p. 11, 112
 Alondra Toledo Porcayo (9 años), Amacuzac, Morelos, p. 35, 36, 38, 51, 54, 58
 Eneyda Torres Pérez (11 años), Benemérito de las Américas, Chiapas, p. 104
 Cibeles Torres Tortolero (8 años), Salamanca, Guanajuato, p. 106
 Gonzalo Torres Tortolero (5 años), Salamanca, Guanajuato, p. 79
 Sabrina Torres Tortolero (9 años), Salamanca, Guanajuato, p. 73
 Angélica E. Vargas (8 años), Biblioteca de México, D.F., p. 69
 Edith Roxet Vázquez Moreno (11 años), Tlaxcala, Tlaxcala, p. 4, 94
 Leonel Vázquez Pérez (9 años), Biblioteca Amado Nervo, SEP, D.F., p. 12
 Carolina Villa Briones (7 años), Mexicali, B.C., p. 82



CONSEJO NACIONAL PARA LA
CULTURA Y LAS ARTES

Presidenta
Sari Bermúdez

Secretarios Técnicos
Jaime Nualart/
Felipe Riva Palacio

Director General de Bibliotecas
Jorge von Ziegler

*Director General de Vinculación
Cultural y Ciudadanización*
Eudoro Fonseca Yerena

*Directora de Desarrollo
Cultural Infantil*
Sonia Salum

INSTITUTO SUDCALIFORNIANO
DE CULTURA

Directora General
Elsa de la Paz Esquivel Amador

ASOCIACIÓN MEXICANA PARA
EL FOMENTO DEL LIBRO INFANTIL
Y JUVENIL, A.C.

IBBY-MÉXICO

Presidenta
Luz María Sáinz

EMBAJADA DE DINAMARCA EN MÉXICO

Embajador
Søren Haslund

FUNDACIÓN HCA-abc

Directora
Mette Holst

Coordinación de la obra:
Nancy Sanciprián

Diseño y formación:
Natalia Rojas Nieto

Selección de dibujos:
José Manuel Arce/
Gabriel Mendoza

Identificación de imágenes:
Sonia Angélica Barbosa



Cuentos para escuchar
bien despiertos:

*Hans
Christian
Andersen*
para niños

Se terminó de imprimir en los talleres de
Gráfica, Creatividad y Diseño, S.A. de C.V.,
en el mes de octubre de 2005. La edición
consta de dos mil ejemplares.



“—¿M e vas a contar un cuento? —preguntó el niño.
—Sí, pero tengo que saber primero, si me lo puedes decir con certeza, lo hondo que es el arroyo que corre por el callejón por donde vas a la escuela.

—Justo hasta media bota —dijo el niño—, pero yo puedo ir por el hoyo más hondo.

—Miren de dónde tenemos los pies mojados —dijo el anciano—. Ahora tendría que contar un cuento, pero no sé más.

—Usted puede inventarse uno al momento —dijo el niño—. Madre dice que todo lo que usted mira puede convertirse en un cuento y de todo cuanto usted toca, puede sacar una historia.

—Sí, pero son cuentos e historias que no valen nada. No, los buenos vienen espontáneamente, me golpean en la frente y dicen: “¡Aquí estoy!”

—¿No le va a golpear pronto alguno? —preguntó el niño, y la madre se echó a reír, puso las hojas de sauco en la tetera y vertió agua hirviendo sobre ellas—. ¡Cuenta, cuenta!

—Sí, con tal que los cuentos vinieran por sí solos, pero son muy exigentes, vienen sólo cuando quieren. ¡Alto! —dijo de repente—. ¡Aquí lo tenemos! ¡Cuidado, ahora hay uno en la tetera!”

Hans Christian Andersen: *La sombra y otros cuentos*,
Alianza Editorial, Madrid, 1995, p. 88

